

Selección TERROR

SONFONÍA MACABRA

BURTON HARE

Y entonces, por primera vez en su vida, Andrew estuvo seguro de que se había vuelto loco. Y gritó y el tubo casi se le escapó de la boca y engulló agua salada y cayó de rodillas.

Porque sólo a un loco podría ocurrírsele estar viendo el horrible cadáver del hermoso y rubio Johnny Carey en el lugar de Agni.

Debido a sus bruscos movimientos, la arena y el limo del fondo habían levantado como una nube que fue posándose poco a poco.

Temblaba, los dientes le castañeteaban, y sin embargo era incapaz de moverse.

Necesitaba volver a verlo, asegurarse.

Vio unos tobillos sujetos por una cuerda… la misma cuerda.

Y una piedra atada a ella. La misma, piedra.

Repentinamente ansió no haberse sumergido. No haber descendido a las profundidades de la muerte y pataleó desesperadamente para elevarse.

Era como estar atrapado en un torbellino horrible que no tuviera fin. Un torbellino monstruoso que no podía comprender y del que era incapaz de librarse.



Burton Hare

Sinfonía macabra

Bolsilibros: Selección Terror - 86

ePub r1.0

Titivillus 30.04.15

Título original: *Sinfonía macabra*
Burton Hare, 1974
Diseño de cubierta: Jorge Núñez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Andrew miró a su prima Agni con ojos entrecerrados, mientras ella vaciaba otro vaso bien provisto de *whisky* y hielo.

—Bebes como un cosaco, querida primita —runruneó con su voz aflautada.

—Acabas de realizar un descubrimiento trascendental…

Las palabras se le atropellaban en la boca a causa de lo que llevaba bebido, pero no tanto como cabía esperar debido al *whisky* trasegado ya.

Andrew Welles se sirvió una ración para sí mismo y miró el licor al trasluz.

—A veces me pregunto qué se siente emborrachándose sin motivo, por beber más que nadie, como si fuera una competición.

Ella soltó una carcajada de ebrio.

—¿No te emborrachaste nunca, querido?

—Alguna que otra vez, durante una fiesta con los amigos… pero nunca por el simple placer de atiborrarme de alcohol, como es tu sistema.

—Yo necesito un estímulo, mi dulce primito. Un estímulo para seguir soportándote, entre otras cosas.

—No puedes hablar en serio.

—¿Crees que estando sobria podría soportar a un individuo como tú, sediento de dinero, sólo esperando que tía Laurie reviente para saber cuánto te ha dejado?

Él sonrió.

—Que es poco más o menos lo mismo que esperas tú… aunque en tu lugar no estaría muy seguro de que te dejara ni un centavo. Ya sabes que ella, en cierto modo, te detesta.

—¿Y te aprecia más a ti que a mí? ¡Es cómico!

Llenó otra vez el vaso hasta los bordes, tanto que cuando le añadió dos cubitos de hielo el *whisky* desbordó, goteando sobre la

mesa.

Estuvo bebiendo a sorbos un buen rato, bamboleándose sobre la silla ante la mirada aguda de su primo.

—Estoy seguro que tía Laurie piensa dejarme todo el dinero, cuando muera —insistió él cautelosamente—. No creo que vaya a dejarlo a una borracha que lo invertiría en alcohol.

Ella soltó una carcajada.

—¿Y en qué lo invertirías tú, querido primito, en rubias oxigenadas? O quizá en jovencitos rubios, según tu estado de ánimo.

—¡No te consiento…!

—Oh, no hagas teatro conmigo —Agni vació el vaso de corrido. Por un instante pareció que iba a caer fuera de la silla, pero recobrando en parte el equilibrio se apoyó en la mesa y barbotó—: De sobra sabes que conozco tus debilidades… porque intentaste que… que yo…

Su voz se fue apagando poco a poco.

Andrew Welles la observó apaciblemente. No tenía prisa. Andrew nunca tenía prisa, ni para el amor ni para la muerte.

Con un esfuerzo, Agni se recobró en parte y sus ojos hundidos parpadearon.

—¿Te divierte ver cómo voy naufragando, querido mío? —tartajeó.

—Naufragando… —repitió él, sobresaltado—. ¿Le llamas naufragar a emborracharte?

—¿Qué otra cosa?

—Ya veo…

Ella atrapó la botella. Vertió el resto del *whisky* en el vaso, derramando parte de licor a causa de la inseguridad de su pulso, y luego lo bebió glotonamente.

—Otra en tu lugar habría emprendido el vuelo —comentó Andrew—. Estaría flotando en el más allá con todo ese licor.

—Me encuentro muy bien… ¿No crees que Sam está tardando mucho?

—Ya vendrá, supongo.

—¿A qué hora te dijo?

—A las siete. Aún faltan unos minutos.

—Las… siete…

La cabeza de la muchacha cayó de costado. Su cuerpo fue venciéndose lentamente, osciló y acabó desplomándose al suelo, fuera de la silla.

Andrew se levantó, rígido.

Rodeó la mesa y se plantó al lado del cuerpo inanimado. Su prima llevaba tan sólo un breve bikini amarillo. El resto de su bonito cuerpo era una extensión de piel profundamente tostada por el sol.

—¿Agni? —la llamó.

No obtuvo respuesta. La muchacha había quedado al fin absolutamente inconsciente.

Él suspiró. No creyó que tardara tanto en perder el sentido. La maldita viciosa resistía la bebida como un descargador del muelle.

Inclinándose, la levantó en vilo sosteniéndola en brazos sin esfuerzo aparente. El contacto de la piel en sus manos no le produjo ninguna emoción. Era como si tocara un inanimado pedazo de madera.

Ella rebulló un instante y sus párpados lucharon por abrirse.

—¿Qué… qué… haces? —balbuceó, sin apenas voz—. Andy… ¿qué haces?

—Sólo levantarte del suelo —replicó él, sobresaltado—. Te caíste, ¿recuerdas?

—No. ¿Adónde me llevas?

Él siguió caminando tan rígido como una tabla.

—Ya sé… —La muchacha rió bobamente—. Quieres aprovecharte…

Él encajó las mandíbulas con ira. Salió de la casa y atravesó el extenso prado de césped. La respiración de la muchacha era cada vez más irregular. Siguió murmurando frases obscenas apenas inteligibles.

Más allá del césped había un camino de grandes losas de piedra, arriates de flores y la cerca de madera.

Ella aún susurró:

—Si… Sam te pilla… te… matará… Él sí es… un hombre…

Su cabeza cayó definitivamente y perdió el conocimiento.

Apestaba a *whisky* y por un instante el hombre sintió náuseas por su proximidad, por el palpitar caliente de aquel cuerpo que parecía rebosar licor por todos sus poros.

Pasó la cerca y se encontró en las dunas. El mar batía suavemente muy cerca, desgranando la sinfonía de blanca espuma en su eterno ir y venir.

Se detuvo sobre el promontorio rocoso. La espuma le salpicó los pies y casi cubrió el cuerpo de Agni cuando la depositó en el suelo.

Ni siquiera el agua tibia logró que ella reaccionara. Estaba igual que muerta.

Un anticipo de como estaría muy pronto.

Moviéndose como un autómata, Andrew retrocedió en busca de un gran pedrusco. Bajo él había una cuerda.

Ató los tobillos y las muñecas de la muchacha. Luego sujetó el pedrusco al extremo de la cuerda que sobraba de los tobillos.

Casi con suavidad, levantó otra vez el cuerpo y poco a poco lo deslizó al agua. Cuando la piedra cayó sintió en sus manos el tirón y el bronceado cuerpo de la muchacha se le escapó, desapareciendo entre las olas.

Estuvo medio minuto inmóvil, aturdido por haber tenido el valor de hacer lo que venía planeando desde meses atrás. Después, con un profundo suspiro, dio media vuelta y retrocedió, oyendo el chapoteo del agua como si viniera de muy lejos.

Cuando estuvo de nuevo en la casa de da playa se sirvió un vaso de licor. Lo bebió sin respirar, recobrando el resuello, y después se encerró en su cuarto para cambiar de ropas.

Los pantalones que llevara puestos estaban húmedos en los bajos y empleó quince minutos en plancharlos concienzudamente hasta dejarlos perfectamente secos. Después, los colgó en el armario.

De regreso lavó el vaso en que ella había bebido y limpió la botella que Agni tocara. Tras esto hizo desaparecer las colillas de los cigarrillos, dio un último vistazo apreciativo a toda la casa y comprobó que no quedaba nada capaz de delatar la fugaz presencia de su prima allí, excepto sus ropas.

El vestido era breve, de casi inexistente falda. Los sujetadores y todo lo demás apenas abultaban, así que los distribuyó en sus bolsillos y al fin, satisfecho, salió, cerró las puertas y poniendo en marcha el coche se alejó a una velocidad prudencial.

A diez millas de distancia paró al borde de la autopista, en un lugar destinado a descanso. Ya había un auto allí. Un coche pequeño, deportivo, rojo.

Se acercó a él tras asegurarse de que no había nadie cerca. Una a una, esparció las prendas íntimas de su prima por el asiento. Por último tiró el vestido encima del volante y contempló el efecto con ojo crítico.

Sólo faltaba un detalle.

Volvió a su propio coche y del asiento posterior recogió una botella de *whisky* casi vacía, cuidando de proteger sus dedos con el pañuelo. Instantes después, la botella quedaba tirada sobre la alfombra del pequeño coche rojo.

Eso era todo.

Satisfecho, regresó a su propio auto, entró a la autopista y prosiguió su viaje de vuelta a la ciudad.

El primer paso para alcanzar la enorme fortuna de tía Laurie estaba dado. Durante el trayecto casi olvidó el crimen cometido, ensimismado en los pasos siguientes, los peldaños que, uno a uno, le llevarían a la cumbre de la riqueza.

CAPÍTULO II

Entró en el comedor a la hora acostumbrada, impecable, sereno como siempre.

Eveline terminaba de colocar los platos y le saludó con su distante corrección.

—La señora cenará en su cuarto, señor —informó—. No se siente bien.

—¿Le ha dado algún recado para mí?

—Ninguno.

—Está bien, subiré a verla después. ¿Están mis primas en casa?

—La señorita Margaret, sí, señor. La señorita Agni no ha regresado aún.

Él asintió, distante.

Agni ya no regresaría nunca más.

En cuanto a Margaret…

Se sirvió un martini seco y con la copa en la mano se acercó al enorme ventanal, desde el que podía contemplarse el sombrío jardín envuelto en la luz débil de la luna.

El jardín se extendía hasta la espesa arboleda. Hectáreas de terreno que valían millones y millones de dólares y que la vieja maniática se obstinaba en conservar. Le habían ofrecido auténticas fortunas por sólo la parte de bosque y siempre se negaba a vender.

Cuando todo esto pasara a sus manos…

—Hola, Andy.

Se volvió.

Margaret estaba en el umbral.

Era una muchacha alta, mucho más bella que Agni, con un cuerpo más formado y rotundo donde los descarados senos siempre parecían a punto de escapársele por sus descarados escotes.

—¿Te preparo un martini, Maggy? —se ofreció.

—Sí, gracias.

—Tía Laurie no cenará con nosotros. Se encuentra indispuesta.

—Lo sé. La vi esta tarde.

Le llevó el martini a la butaca donde ella se había acomodado. La vio cruzar sus largas piernas mostrándole una completa panorámica de los muslos dorados por el sol.

Durante un instante sus miradas chocaron. La de él, inexpresiva, distante y fría.

La de Margaret, provocativa, burlona, como un reto.

La muchacha saboreó el martini y aprobó con un leve gesto.

—No he encontrado nunca nadie que prepare los martinis como tú, Andy. Está en su punto.

—Algo he de tener de bueno —rezongó él.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—No puedes engañarme. Estás amargado por algo.

—Bueno, es cosa de Agni.

—¿Otra vez?

—No puedo soportar sus continuos desprecios, sus pullas… Esta misma noche voy a decírselo claramente, ¿sabes? Aprovecharé que tía Laurie no estará y le pararé los pies.

Ella se echó a reír.

—La eterna historia. ¿Qué hizo esta vez, intentó llevarte a su dormitorio, querido?

—No empieces tú también.

Ella meneó la cabeza compasivamente.

—Lo siento, no quise herirte. Pero debes reconocer que en ocasiones te pones insoportable, Andy, querido. Deberías poner algo de tu parte para que una siga sintiéndose mujer aunque esté a tu lado.

—Maggy, otro comentario por el estilo y me voy a cenar fuera.

Ella sonrió. Descruzó las piernas descaradamente y dijo:

—Lo siento.

—No te repitas. ¿Vamos a la mesa?

—Claro… Llama a Eveline.

—¿No esperamos a Agni?

Su voz resultó perfectamente neutra cuando hizo la pregunta.

—¿Para qué? Si se ha emborrachado con su amor actual no creo que se acuerde de cenar siquiera.

Se sentaron uno frente al otro y Eveline apareció con la fuente de la sopa. Empezó a servir, dio un vistazo crítico a la mesa y se retiró.

Él dijo con indiferencia:

—¿Es cierto que cambió de amante hace unas semanas?

—Se llama Sam Hertz. Es un hércules, todo músculos tostados por el sol, con una dentadura de lobo, ojos azules y los instintos de una mofeta.

—No pareces apreciarlo.

Ella rió entre dientes.

—Mi hermana tiene la fatal debilidad de enamorarse de los peores montones de basura que pululan por las playas de Miami Beach. Y el buen Sam no iba a ser una excepción. Tengo la seguridad de que incluso le revisa el bolso para robarle el dinero suelto que lleva.

—Exageras, Maggy.

—No, no creas. Todos esos *gigolos* son iguales.

Él suspiró.

—Celebro que tú tengas mejor sentido crítico —dijo suavemente.

Ella le miró por entre sus largas pestañas.

—¿Qué diablos quieres decir con eso, Andy?

—Te vi la otra noche, en el Trocadero. El ejemplar con quien bailabas era perfecto… sencillamente adorable.

—¡Caray! ¿Nos viste?

—Fue sólo un momento. Yo estaba citado con alguien, pero no acudió, de modo que sólo estuve allí unos minutos. ¿Quién era tu apuesto acompañante? Por adelantado, reconozco que no tenía aspecto de *gigolo*.

—Se llama Ray Moran. Debes haber leído algo suyo… escribe para las revistas y cosas así.

—Ray Moran… Pues no, nunca oí ese nombre.

—¿No te pareció un hombre excitante? —dijo la muchacha con entusiasmo—. Es terrible lo que escribe… Crítica social y cosas así. Ha viajado por todo el mundo enviando crónicas de los sucesos más sobresalientes. Tiene el cuerpo lleno de cicatrices.

—No pudiste vérselas vestido de *smoking*…

Ella se echó a reír.

—Si esperas que te cuente los detalles eróticos de esa noche, olvídalo, primito. Yo no te pregunto pormenores de tus escapadas nocturnas.

—Me lo he ganado. Disculpa.

Eveline apareció nuevamente y prosiguieron cenando, ahora en completo silencio.

De pronto, ella murmuró:

—Va a venir a buscarme.

—¿El reportero?

—Sí. Nos hemos citado para salir esta noche.

Andrew la observó con el ceño fruncido.

—Dime una cosa, Maggy…

—¿Sí?

—¿Estás enamorada de él?

—No estoy segura de mis sentimientos. Todo lo que sé de momento es que en sus brazos siento algo que nunca sentí hasta ahora.

—Mal asunto. Ese es el principio. Lo siento por ti.

Riéndose, la muchacha comentó:

—Lo malo es que no puedo saber qué piensa él al respecto. Es un hombre terriblemente interesante, pero tan hermético como una tumba.

—Si te dio oportunidad de que admirases sus cicatrices imagino que alcanzaríais cierta intimidad. Quiero decir, que debiste sorprender sus reacciones en algún momento álgido.

—Sigues teniendo una mente obscena, querido.

—Tu hermana dice que no sólo la mente… Olvídalo. Voy a subir a ver a tía Laurie —dijo, levantándose.

Ella rió entre dientes.

—No quieras forzar la cosecha, Andy. Nuestra tía no es tonta.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

—Tú tampoco eres tonto. Lo sabes perfectamente. Salúdala de mi parte.

Rezongando, Andrew abandonó el comedor y subió la impresionante escalinata que, en una graciosa espiral volada, llevaba al piso superior de la regia residencia de los Duncan-Welles.

CAPÍTULO III

Laurie Duncan había cumplido setenta y tres años, había vivido intensamente, había conocido la más absoluta felicidad y dejado atrás recuerdos que en su vejez eran tan inseparables de su vivir como la espuma del mar.

Viuda desde mediana edad, su marido dejó una fortuna incalculable, que sus agentes financieros se encargaron de aumentar mediante acertadas inversiones.

Después, la muerte de sus hermanos truncó un poco su plácido vivir, aunque le dejó la compañía de las muchachas y de Andrew. Puso en ellos sus esperanzas, hasta que se dio cuenta de cuánto se detestaban entre ellos, de cuántos vicios y perversiones ocultaban bajo sus hermosas apariencias.

Los años le dieron la resignación necesaria para aceptarlos tal como eran. Después de todo, muchos de los recuerdos de su pasado no eran precisamente edificantes, así que acabó no interfiriéndose en sus vidas para nada. Únicamente fue retrasando el momento de extender testamento porque en su fuero interno no estaba convencida de que alguno de ellos fuera digno de heredarla.

Estaba pensando en todo esto, sola en su amplio dormitorio, cuando oyó la llamada a la puerta.

—Entra —murmuró.

Andrew se deslizó silenciosamente hasta la cama de la anciana.

—¿Cómo te encuentras, tía? —musitó.

—Cansada. Mi corazón ya no es lo que era.

—Te echamos de menos en la mesa, Maggy y yo.

—¿Y Agni, no ha cenado en casa?

Él se dominó perfectamente.

—No, tía. Al parecer, desde que salió por la mañana no ha vuelto. Creo que tiene un nuevo novio, ya sabes.

—Un novio. Esa cabeza loca cambia de novio como yo de

zapatillas. Y también bebe demasiado. Eso no está bien en una mujer.

—Francamente, tía, prefiero no comentar las debilidades de mis primas. Opino que ya son mayores para saber cómo deben vivir.

Una risita cascada brotó del lecho.

—Andy, eres tan ladino como una mujerzuela. De sobra sé cómo te gusta despellejarlas. Aunque he de reconocer que ellas te pagan en la misma moneda.

—¡Por favor, tía!

—Tranquilízate. No deseo ejercer mi espíritu crítico respecto a tu manera de vivir ni tus debilidades. En parte, la culpa de vuestras desviaciones es mía. No supe ejercer mi autoridad cuando debía… cuando quedasteis a mi custodia. Fui demasiado débil, eso es todo.

—No te haces justicia, querida tía. Todos tenemos nuestras *debilidades*, como tú dices. Únicamente que lo elegante es saber ocultarlas al vulgo, y lamentablemente, hemos de reconocer que mis primas no hacen nada a este respecto. Parece como si se complacieran con el escándalo.

—Debo admitir que en eso te asiste la razón, querido… Y ahora, por favor, retírate y dile a Eveline que venga. Necesito descansar.

—Enseguida, tía. ¿No llamaste al doctor Prentis?

—No, ¿para qué? Son achaques de vieja.

—Tengo la impresión de que tú nunca serás vieja. Buenas noches, tía.

—Buenas noches.

Andrew salió del dormitorio. Mientras descendía la escalinata maldijo para sus adentros a la vieja de mente maligna. Cuando reventara estaría riéndose hasta que le saltasen las lágrimas.

Y de que reventara se ocuparía en su momento.

Pero sólo en su momento. Hasta que éste llegara era preciso que viviera… que aguantara un poco más, porque antes debía ocuparse de su amada prima Maggy.

De modo que cuando estuvo abajo descolgó el teléfono y llamó al doctor Prentis.

—Habla Andrew Welles, doctor —dijo cuando el médico estuvo al aparato—. Mi tía ha sufrido uno de sus achaques y aunque se niega a que le avisemos a usted he creído preferible que lo supiera. ¿Podría venir esta misma noche, por favor?

—Naturalmente que sí. Salgo ahora mismo.

—Gracias, doctor.

Colgó.

Era así como debían hacerse las cosas cuando uno es inteligente.

Tras él, la voz sarcástica de Margaret dijo:

—Perfecto, Andy. El atribulado sobrino preocupándose angustiosamente por la salud de su amada tía Laurie.

Él se volvió, rígido.

—¡Estuviste escuchando!

—No pude evitar oírte. No creo que tía Laurie te lo agradezca esta vez. Prohibió explícitamente que llamásemos al doctor Prentis.

—Estaré más tranquilo si él la examina.

Margaret le observó con sus hermosos ojos entrecerrados.

—Me preocupas, Andy —susurró.

—¿Por qué?

—A veces pienso que detrás de tu máscara de hombre tranquilo se oculta un demonio… un retorcido demonio que sabe disimular sus sentimientos tan perfectamente como sus desviaciones.

—¿Vamos a comenzar otra discusión también contigo, primita? Por favor, necesito todas mis energías para defenderme de la sucia lengua de tu hermana. No tengo fuerzas para luchar contra las dos.

Ella se disponía a replicar, riéndose, cuando el carillón de la entrada dejó oír sus notas solemnes.

—Ray —exclamó—. Ya está aquí… y yo sin arreglar.

Subió la escalera a saltos, mientras Eveline aparecía y se dirigía al vestíbulo, donde conectó el micrófono de la entrada y preguntó:

—¿Quién está ahí, por favor?

Una voz metálica surgió del aparato:

—Ray Moran. La señorita Margaret está esperándome.

—Por supuesto, señor. Tiene treinta segundos para pasar la verja automática.

Desconectó el micro y bajó la palanca que ponía en funcionamiento él mecanismo electrónico que abría y cerraba él enorme portón de hierro.

Tras esto, abrió la solemne puerta de roble viejo de cien años y esperó.

Andrew dijo tras ella:

—Yo recibiré al señor Moran, Eveline, gracias.

Los faros de un coche relampaguearon entre los árboles del parque. Después, el auto se detuvo y un hombre avanzó sobre la gravilla.

Era un individuo alto, de anchos hombros y cabeza grande coronada por un cabello cobrizo, revuelto y espeso aunque mostraba ramalazos grises en las sienes.

Andrew le examinó con mirada inquieta.

Aquellos ojos grises eran profundos y penetrantes. Y la boca de trazo firme denotaba cierto humor y voluntad, así como el firme mentón.

Sintió un escalofrío en todo el cuerpo cuando el visitante se detuvo ante él.

—Soy Raymond Moran —dijo—. Espero no ser inoportuno.

—En absoluto. Mi prima acaba de acicalarse en estos momentos. Entre, tomará una copa entre tanto. Yo soy Andrew Welles… Quizá Maggy le haya hablado de mí.

—Pues no… Bien es cierto que sólo nos hemos visto un par de veces. Celebro conocerle.

Le llevó a la sala y sirvió *whisky* con hielo.

Sentía en su nuca la mirada del visitante y un extraño temblor le asaltó momentáneamente.

Se dominó antes de volverse.

No comprendía el extraordinario influjo que parecía desprenderse del aventurero. Era como una emanación selvática, primitiva, algo dominante que explicaba sin duda el hecho de que Maggy estuviera tan subyugada por él.

Uno se sentía casi dominado con su sola presencia.

—Tienen ustedes una casa impresionante —comentó Ray Moran tras saborear el *whisky*—. Debe ser divertido vivir aquí. ¿Cómo se orientan en este laberinto, hay guías en las esquinas?

—Uno se acostumbra. ¿Dónde vive usted?

El reportero se echó a reír.

—Se sorprendería si lo viera. Tengo una leonera en la cumbre de un edificio de apartamentos. No creo que haya una sola cosa en su lugar, excepto la máquina de escribir.

—Parece divertido.

—No lo es para la buena mujer que hace la limpieza. Se desespera todas las mañanas. Por lo demás, mi refugio consta de un

baño, una cocina a la que hay que entrar de costado porque uno da contra las paredes de tan estrecha que es, un dormitorio y otra pieza donde trabajo.

—Y todo esto, en la cumbre de un edificio del centro…

—Ni más ni menos.

—Por supuesto, habrá una terraza.

—No podía faltar. Grande y en la que el sol levanta ampollas hasta al cemento.

—¿Y encima?

Moran apartó el vaso de sus labios.

—¿Cómo, encima?

—Quiero decir, si se siente usted independiente en esa terraza, a cubierto de posibles vecinos.

El sugestivo visitante sonrió.

—¡Oh, cuernos! —exclamó—. Uno puede tenderse sin ropa bajo el sol seguro de que nadie puede verlo como no sea desde un helicóptero. Sobre mi terraza no hay más que el tejado y las antenas de televisión.

—Ya veo… A veces pienso que preferiría vivir en un lugar así, en vez de este complicado palacio. Por la independencia, usted sabe.

—Claro, le comprendo perfectamente.

Callaron.

Ray Moran miró disimuladamente su reloj de pulsera.

Andrew pensaba de modo obsesivo en aquella terraza, abierta en la cumbre de un edificio de apartamentos… decenas de pisos sobre el nivel de la calle, lejos de miradas indiscretas.

Los tacones de la muchacha al aproximarse le sacaron bruscamente de sus ensueños.

—¿Te hice esperar, Ray? —exclamó Margaret.

Él la apreció con una cálida mirada, de arriba abajo.

—Un poco —reconoció—, pero valía la pena. ¿Cómo consigues estar más bella cada vez que te veo?

Llevaba un apretado vestido largo, de *lamé* plateado que parecía una segunda piel. La falda estaba abierta hasta el muslo y la larga y fascinante pierna se mostraba en toda su extensión a cada paso que daba.

Andrew comentó:

—Espero que se diviertan, Moran. Encantado de haberle conocido.

—Lo mismo digo. ¿Nos vamos, linda?

—Sí.

Andrew les siguió con la mirada. La extraña fascinación de aquel hombre pareció quedar flotando incluso después que hubo salido.

Necesitó un duro esfuerzo de voluntad para sustraerse a ella y concentrar sus pensamientos en aquella terraza que no había visto nunca, pero que, para determinados propósitos, ofrecía un sinfín de posibilidades.

Porque, sin ninguna duda, Maggy visitaría aquel apartamento, se asomaría alguna vez a la terraza… decenas de pisos por encima del nivel de una calle cualquiera en la ciudad de Miami.

Una calle donde morir.

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente, Andrew despertó sintiéndose aturdido.

La noche pasada había intentado olvidar el crimen entregándose a todos los excesos, incluso el de la bebida, cosa habitual en él.

No recordaba a qué hora había regresado a la residencia, pero de cualquier modo era muy tarde y nadie advirtió su llegada.

Estuvo reflexionando profundamente sobre su siguiente comportamiento, cuando empezara a cundir la alarma por la desaparición de Agni.

Estaba seguro de hacer un buen papel, puesto que lo había ensayado mentalmente infinidad de veces. Nadie podría sorprenderle en una sola contradicción, en una vacilación.

Se levantó y después de la ducha se vistió como de costumbre.

Las cosas no empezaron a moverse hasta después del tardío desayuno.

Entonces, el teléfono sonó y Eveline dijo que un *caballero* preguntaba por la señorita Agni, pero que ésta no estaba en su habitación ni había pasado la noche en la casa.

Andrew, muy digno, gruñó:

—Pase la comunicación aquí, yo hablaré con ese hombre. ¿Dijo su nombre?

—Sí. Es el señor Hertz.

—Muy bien, pásemelo.

Descolgó el auricular. Un instante después, una voz bronca dijo:

—¿Con quién hablo?

—Aquí Andrew Welles. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Mire, me parecen muchos rodeos. Todo lo que deseo es hablar con Agni, es así de sencillo.

Andrew no pudo evitar una mueca de desagrado ante semejantes modales.

—Me temo que eso no va a ser posible, señor Hertz —empezó.

—¿De qué está hablando? Oiga, avise a Agni y acabemos.

—Mi prima Agni no está en la casa, señor mío, de modo que es inútil su impertinente insistencia.

—¿Que no está?

—Eso dije.

—No puede ser. Quedamos en vernos anoche y no acudió a la cita. Pensé que se había enfadado conmigo por algo, pero si ella cree que va a reírse de mí también esta mañana yo…

—Lo siento, pero he de colgar.

—¡Maldita sea! Dígale a su prima que quiero hablarle ahora. ¿Lo ha entendido? ¡Ahora!

Andrew colgó suavemente con una mueca de contento.

Maggy apareció en la puerta. Parecía soñolienta.

—¿Con quién hablabas, querido? —preguntó, derrumbándose sobre la silla más cercana.

—Con Sam Hertz, al amiguito de tu hermana. Aquí pasa algo raro.

—¿Por qué lo dices?

—Es el individuo más desagradable y grosero que he oído en mi vida. No comprendo cómo Agni puede perder el seso por esa clase de brutos.

Margaret le contempló con su mirada burlona.

Afortunadamente, no estaba en condiciones de mostrarse cáustica esa mañana precisamente.

—Tengo un dolor de cabeza espantoso, Andy… Por favor, busca un par de aspirinas y dile a Eveline que sólo tomaré jugo de naranja.

—Bueno. ¿Qué diablos hiciste anoche? Tienes sombras en los ojos. ¿Dormiste mal o qué?

—No sigas por ese camino. Yo podría preguntarte lo mismo y no te gustaría.

Él rió sonoramente.

—Ese aventurero fascinante debe ser algo muy especial para que amanezcas en tan malas condiciones.

—Lo es —reconoció ella, cerrando los ojos y recostándose en la silla—. Te gustaría, Andy.

Él dejó de reír y salió bufando.

El teléfono volvió a sonar. Instintivamente, Margaret lo agarró y

la voz destemplada de Sam Hertz vibró en su oído.

—Quiero hablar con Agni ahora mismo o iré personalmente. Si ella está enfadada por alguna cosa que yo hice, es mejor que lo aclaremos ahora, ¿entiende?

Maggy enarcó las cejas.

—Muy bien —dijo—. ¿Qué le impide hablarle? Espere y la llamaré.

—¿Quién es usted?

—El hada buena, amiguito.

Dejó el auricular sobre la mesa, y cuando se disponía a salir de la estancia su primo regresó con las aspirinas.

—Voy a buscar a Agni… ese Hertz que tanto te disgusta está impacientándose —dijo con voz burlona.

—¿Agni? Pero si no está en casa, querida. Dice Eveline que no ha dormido aquí.

Maggy enarcó las cejas.

—Eso es sorprendente, porque una imagina que si mi hermanita pasó la noche fuera lo hizo en compañía de su flamante míster músculos.

—Mándalo al diablo de una vez —refunfuñó Andrew—. Qué hombre más desagradable.

Margaret tomó el auricular.

—¿Señor Hertz?

—Sí, escucho.

—Hace usted bien en escucharme, porque lo que he de decirle no le gustará.

—Déjese de rodeos y avise a Agni.

—¿No estuvo con usted anoche?

—¡Por supuesto que no! Nos habíamos citado para salir juntos. A las nueve concretamente. No vino ni dio explicación alguna. ¿Qué demonios está pasando?

—Le aseguro que me gustaría mucho saberlo, señor Hertz, pero yo creía que mi hermana había pasado la noche con usted.

—¿Qué? —Sonó una especie de rugido—. ¿Quiere decir que Agni pasó la noche con otro?

Margaret soltó una risita.

—Esa es una deducción perfectamente lógica.

Y colgó.

Estaba riéndose todavía cuando Eveline le sirvió un gran vaso de jugo de naranja.

—¿Es cierto que mi hermana no ha dormido en casa, Eve? —le espetó.

—Así es, señorita. Su cama está intacta.

—Curioso, muy curioso…

El carillón de la entrada resonó con sus solemnes acentos de campana catedralicia. Eveline se disculpó y abandonó la estancia cerrando la puerta.

Andrew gruñó:

—El día menos pensado se meterá en un lío…

—¿Quién, Eveline?

—¡Agni! ¿En qué estás pensando? Tu hermana tiene la detestable costumbre de entusiasmarse por el primer vagabundo que encuentra en su camino… y hay tipos muy poco recomendables sueltos por este mundo, te lo digo yo.

—Supongo que hablas por propia experiencia, querido. A veces me sorprendo a mi misma tratando de comprender el aliciente que puedes encontrar en ese extraño mundo en que te gusta revolcarte.

Por un instante en las pupilas del hombre chispeó el odio.

Antes de que pudiera replicar se abrió la puerta y entró una muchacha de larga cabellera rubia. Tenía una figura preciosa, de senos descarados y largas piernas, ojos rasgados y muy azules, nariz respingona y piel de un dorado suave, tersa como la de una fruta en sazón.

—Buenos días —dijo con voz alegre—. ¿Cómo se encuentra la señora esta mañana?

—Hola, Nelly. Tía Laurie aún no se ha levantado. Anoche se acostó un poco indispuesta.

—La esperaré en el despacho. ¿Sabe si hay correspondencia esta mañana, Margaret?

—No tengo la menor idea, Nelly.

—Bueno, ya lo veré… Buenos días a todos.

Se fue, cerrando suavemente.

Maggy runruneó:

—Una mujercita admirable, Andy. Como secretaria de tía Laurie no tiene precio.

Él se encogió de hombros con indiferencia.

Margaret encendió un cigarrillo y lo saboreó voluptuosamente. El primer cigarrillo del día siempre le sabía a gloria.

—¿Sabes? Estoy pensando en mi rendido adorador… —dijo de pronto.

Andrew hizo una mueca. Le molestó el comentario porque era justamente en lo que él pensaba también, aunque por distintas razones.

—¿No te saciaste anoche? —dijo desabridamente.

—No seas grosero a estas horas de la mañana, por favor. Ray es un caso curioso. Sé que le gusto, que andaría cabeza abajo por mí si yo se lo pidiera… y sin embargo, hay momentos en que pienso si llegaré a conocerle a fondo alguna vez.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No lo sé… Es inasequible, escurridizo. No creo que haya ninguna mujer en el mundo capaz de dominadlo por completo.

—Ya veo…

Sonó el teléfono, pero la llamada se interrumpió inmediatamente. Nelly debía haber descolgado el auricular del despacho.

—También hay otra cosa que me desconcierta en él. ¿Me escuchas, querido?

—No tengo ningún interés en convertirme en confidente de tus preocupaciones amorosas. ¿O debo decir puramente eróticas?

Ella suspiró.

—No tenemos arreglo —dijo con desaliento—. Siempre detestándonos… Tú, Agni, yo, y vuelta a empezar. Un círculo diabólico.

Andrew pensó que ese círculo ya se había roto, aunque no pudiera pregonarlo. Una cadena de odio en la que ya faltaba uno de los eslabones.

Margaret añadió:

—¿Tan importante es para todos nosotros arramblar con el dinero de tía Laurie?

—Por favor, primita. Arramblar… ¿Dónde aprendiste esas expresiones?

—Hay dinero para todos… podríamos enfocar el asunto desde ese ángulo y todo sería más fácil, ¿no crees?

—Tú eres quien lo dice todo.

Una llamada en la puerta les interrumpió.

Nelly asomó su rubia cabeza.

—¿Interrumpo? Es sólo un minuto.

—Entre —dijo Andrew, fastidiado.

—Se trata del teléfono. La señorita Agni pregunta si ha llamado el señor Hertz.

Andrew creyó haber oído mal. Un frío repentino se incrustó en sus huesos.

—¿Cómo dice? —balbuceó.

—Dígale que sí —terció Margaret—. Estaba impaciente por hablarle. ¿No dijo mi hermana dónde estaba?

—Pues no… Sólo desea saber si esa llamada se produjo. Le diré que sí.

—¡Un momento! —estalló Andy, ahogándose—. ¿Está Agni al teléfono?

—Naturalmente. Espera la respuesta.

—No es posible.

Maggy enarcó las cejas.

—¿Por qué no? —dijo—. Si ha salido de una de sus borracheras estará preocupada por Sam.

—¡Páseme la comunicación aquí! —decidió Andrew—. Yo hablaré con ella.

Nelly asintió con un gesto y se fue.

Él descolgó el auricular y esperó, dominando a duras penas el temblor de sus miembros. Un temblor producido por un frío semejante al de la muerte.

Sonó un chasquido y después silencio otra vez.

Con voz ronca exclamó:

—¿Qué pasa, Nelly? ¡Comuníqueme enseguida!

La voz de la secretaria dijo, extrañada:

—No comprendo, debe haber colgado.

—¡Maldita sea!

—¡Andy! —le reprochó Margaret—. ¿Quién está haciendo gala de malos modales ahora?

—Lo… lo siento… ¿Nelly?

—Dígame.

—¿Está segura de que era Agni quien hablaba?

—Por supuesto, me pareció su voz.

—Por favor, si llama otra vez avíseme. Tengo un recado del señor Hertz para ella.

—Muy bien, señor.

Colgó, desconcertado.

Afortunadamente, Margaret ya estaba pensando en otra cosa, seguramente en la manera de manejar a su apuesto admirador y no reparó en la extraordinaria palidez de su primo.

Andrew murmuró una excusa y salió al jardín a través del ventanal francés que ocupaba toda una pared.

Anduvo cabizbajo por entre los copudos robles. No era posible que Agni se hubiese librado de las ataduras bajo el mar. Prácticamente eso era imposible, y más imposible aún sumida en una absoluta embriaguez.

Entonces, ¿quién había llamado usurpando su nombre?

Y, sobre todo, ¿con qué fines una mujer quería hacerse pasar por la muerta?

CAPÍTULO V

A última hora de la tarde fue tía Laurie quien empezó a inquietarse por la ausencia de Agni.

—Tú debes saber el teléfono de ese muchacho con quien sale —dijo, dirigiéndose a Margaret—. Llámale y pregunta si ha tenido noticias de ella.

—¿No crees que eso la pondrá furiosa si llega a su conocimiento? Agni odia que nadie se entrometa en sus asuntos privados.

—No estoy tranquila. Nunca había hecho eso conmigo. Si se quedaba fuera nunca dejaba de llamarme… Algo le ha sucedido, estoy segura.

—Está bien, sólo para tranquilizarte llamaré. Supongo que su número estará en la guía. ¿Quiere buscarlo, Nelly? El nombre es Sam Hertz.

La secretaria asintió y en unos instantes marcó el número correspondiente. Pasó el auricular a Margaret y devolvió su atención a la carta que estaba mecanografiando.

El teléfono estuvo sonando insistentemente, pero no hubo ninguna respuesta.

—No contesta —dijo—. Probaremos más tarde. ¿Ha anotado usted el número, Nelly?

—Sí, señorita.

Tía Laurie esbozó un gesto impaciente.

—Cuando vuelva tendré que mostrarme dura con ella. Lo menos que puedo pedir de cada una de vosotras es que trate de evitarme preocupaciones.

—Tranquilízate, tía. Agni tiene la cabeza a pájaros, ya lo sabes. Quizá fue a alguna fiesta y… esto… perdió la noción del tiempo.

—Quieres decir que se emborrachó como una cualquiera.

—Yo no dije eso tía.

—No, tú no lo dijiste —gruñó la anciana entre dientes.

Se oyó el carillón y tía Laurie dio un respingo.

—Quizá es ella —exclamó.

Andrew leía, aparentemente ensimismado en un rincón del amplio estudio. Levantó la cabeza y sus ojos preñados de inquietud se clavaron en la puerta.

Eveline apareció minutos después, anunciando:

—El señor Moran está aquí. Le acompaña un policía, señora.

Margaret se levantó de un salto.

Andrew se estremeció.

La anciana dijo:

—¿Moran?

—Se trata de Ray, tía creo que te he hablado de él.

—Diles que entren. ¿Por qué trae un policía con él ese amigo tuyo?

—No lo sé.

Andrew hizo un esfuerzo para mostrarse jovial y comentó:

—Tal vez desea protegerse de tus volcánicos instintos, primita.

Ray Moran entró, acompañado por otro hombre tan alto como él, pero más delgado y cetrino.

—¡Ray! —exclamó Margaret saliendo a su encuentro—. Esa sí que es una sorpresa. ¿Por qué no me llamaste?

—Bueno, no hubo ocasión, tú sabes. Estaba en jefatura cuando oí que el sargento Jennings iba a venir y me ofrecí para acompañarle.

El sargento inclinó la cabeza, asintiendo.

—Así fue exactamente —corroboró—. ¿Tienen matriculado en esta dirección un auto deportivo, un Lotus europeo de color rojo? La matrícula es del Estado, número siete, seis, nueve.

—Ciertamente —dijo Margaret—. Es el coche de mi hermana.

—¿Está ella aquí ahora? —Insistió el sargento—. Si es así desearía hablarle unos minutos.

Tía Laurie terció:

—¿Por qué, qué ha pasado con ese coche, un accidente?

—Ningún accidente, señora.

—¡No me mienta! Tiene que ser eso… ella no regresó ayer. Tenía el presentimiento de que le había sucedido algo terrible. Por favor, no dé usted más rodeos. Podré soportarlo. ¿Está muerta?

Ray dijo, antes que el sargento hablara:

—En realidad, no hay trazas de accidente alguno. Sólo que el coche apareció abandonado, en una zona de descanso en la autopista. Los patrulleros lo vieron varias veces en sus rondas, hasta que al fin les extrañó que estuviera allí tanto tiempo.

Andrew escuchaba con el alma en un hilo.

Margaret dijo:

—Es el coche de Agni, por supuesto.

—¿Alguno de ustedes tiene idea de la razón por la cual esa señorita lo abandonó?

El sargento volvía a tomar el mando de la situación. Se encontraba incómodo allí y deseaba terminar cuanto antes.

Pero nadie parecía saber en absoluto lo que él quería averiguar.

Andrew, incapaz de esperar más tiempo, preguntó:

—¿No estaría ella por los alrededores? Tal vez con… esto… con algún amigo, descansando.

—¿Un descanso de toda una tarde, una noche y esta mañana? Escúchenme, puede tratarse de un asunto grave. ¿Esa señorita solía llevar mucho dinero encima?

Margaret se encogió de hombros.

—Disponía de cuanto necesitaba. A veces llevaba mucho y en otras ocasiones había tenido que pedirle a algún conocido. Nunca le ha dado demasiado valor al dinero.

Nelly murmuró:

—Si me permiten… La última vez que vi a la señorita Agni rellenó un cheque por mil dólares. Lo sé porque me pidió el libro de cheques del despacho.

—Entonces, pudieron atacarla para robarle —masculló el sargento—. ¿Salió sola?

—De aquí sí.

—¿Saben si tenía intención de reunirse con alguien?

—Sam Hertz —saltó Andrew—. Estaban citados la otra noche, aunque él asegura que ella no acudió.

—¿Hertz?

Tía Laurie dijo:

—Es el novio de Agni.

—¿Dónde vive?

Nadie supo decírselo, de modo que se limitó a anotar el nombre.

—Hablaré con ese hombre —gruñó—. Francamente, estamos muy preocupados por la propietaria de ese coche y no deseo ocultarles que tan largo abandono en semejante lugar se presta a múltiples posibilidades, ninguna de las cuales es agradable.

Ray masculló:

—No dramatices, sargento. No sabemos los movimientos de esa muchacha. Por favor, Maggy, trata de ayudar a la policía.

—¿De qué modo podría hacerlo?

—Si fuera posible tener una idea concreta del carácter de tu hermana, eso ayudaría porque podrían establecer mejor sus posibles movimientos.

Andrew saltó:

—Ya están listos por ese lado. Ella es capaz de aceptar a cualquier vagabundo en su coche, si se trata de un tipo musculoso.

—¡Andy! —le reprochó Margaret.

—En una situación como ésta deben saber a qué atenerse. Ella es así, sargento. ¿No se encontró nada en el coche que pudiera darles una pista?

A nadie le pasó desapercibida la apurada mirada que el sargento dirigió a Ray Moran.

Fue éste quien se decidió:

—Ciertamente, sí. Encontraron el vestido y las prendas íntimas de una mujer.

Tía Laurie no pudo contener una exclamación escandalizada.

Margaret sacudió la cabeza, disgustada.

Andrew gruñó:

—Muy propio de su estilo… si se tropezó con algún granuja musculoso y apuesto. Sargento, no creo que deban preocuparse demasiado. Mi prima aparecerá en cualquier momento, vestida con ropas que ni ella misma recordará de dónde obtuvo.

—Pero si fue asaltada…

Nelly intervino otra vez:

—La señorita Agni llamó esta mañana, sargento. Yo misma hablé con ella.

Jennings dio un respingo.

—¿Por qué demonios no lo dijo usted antes? —estalló—. Ese dato cambia por completo todo el asunto.

—No creí que… Bueno, lo cierto es que ella habló conmigo por

teléfono, aunque colgó antes que nadie más pudiera hablarle.

Ray clavó sus agudos ojos en la secretaria. Por unos instantes su mirada chispeó ante lo que veía, porque aquella sugestiva rubia tenía mucho que ver.

Margaret se removió, inquieta al advertirlo.

No obstante, el sargento gruñó:

—No cabe duda que esa señorita debe ser algo muy especial. Me gustaría saber cómo hizo para abandonar su coche, desnuda, sin armar un alboroto en la autopista…

Tía Laurie tronó:

—¡Sargento! No le permito que hable de mi sobrina en semejantes términos. No puede afirmar que ella estuviera desnuda… Tal vez llevaba otras ropas en el coche, o un traje de baño… Le gusta nadar en cualquier playa donde no haya demasiada gente…

Su voz se extinguió ante la irónica mirada del policía. El sargento había visto demasiado a lo largo de su vida policial como para aceptar cualquier razonamiento sin más.

Ray dijo:

—Han llevado el coche al garaje de la policía, y las prendas de vestir están en el Departamento de Identificación. Alguien debería ir allí para identificarlas y hacerse cargo de todo ello.

No hubo respuesta alguna. De pronto parecía como si una sombra negra se hubiera tendido sobre el grupo.

Nelly se removió en su asiento.

—Yo puedo ir si lo desean —dijo—. Conozco casi todos los vestidos de la señorita Agni… Además, son las siete, mi hora de irme.

Jennings gruñó:

—Preferiría a alguien de la familia… ¿O es usted…?

—Nelly es mi secretaria —dijo tía Laurie—. Goza de toda nuestra confianza. La autorizo a que realice los trámites necesarios mientras Agni aparece.

Andrew suspiró.

Las cosas estaban desarrollándose mejor de lo que imaginara.

Jennings se encogió de hombros, impaciente.

El teléfono le evitó responder.

Nelly lo descolgó.

—Residencia Duncan-Welles, hable.

Escuchó unos instantes. Enarcó las cejas y exclamó:

—Por favor, aguarde un segundo… —Tapó el auricular con la mano y anunció—. Es el señor Hertz. Pide disculpas por…

El sargento saltó hacia el auricular. De un zarpazo se lo arrebató a Nelly y ladró:

—¿Hertz?

—Sí, ¿con quién hablo?

—Eso no importa. ¿Dónde está usted?

—Cuernos, en mi apartamento, por supuesto.

—Deme la dirección.

—North Road, nueve seis. Oiga, ¿qué significa todo esto? Sólo llamé para disculparme si me mostré brusco esta mañana. Estaba impaciente a causa de Agni, pero ella ha llamado aclarándolo todo y…

—¡Espere un minuto! ¿Agni ha hablado con usted?

Andrew se puso rígido.

Hertz dijo, por el auricular:

—Hace menos de una hora. Le ha sentado muy mal que yo me insolentara esta mañana, así que decidí presentar mis disculpas. Bueno, ya lo hice, así que…

—No cuelgue, Hertz. Está hablando con la policía.

—¡Policía! ¿Qué demonios sucede ahí?

—Estamos buscando a la señorita Agni. Se encontró su coche abandonado en la autopista. ¿Le dijo ella algo al respecto?

—Nada, sólo que estaba bien y que me vería esta noche.

—Ya… Bien, cuando la vea adviértale que tenemos su coche en nuestro garaje. Habrá de presentarse allí para recuperarlo. Personalmente. ¿Entendido?

—Seguro.

—Eso es todo, Hertz. Gracias.

Colgó.

Andrew estaba tan pálido como un muerto y necesitó hundir las manos en los bolsillos para ocultar su temblor, porque de nuevo surgía ante él el terrorífico fantasma de lo desconocido amenazándole con el crimen que gravitaba sobre su cabeza.

Nelly se levantó, recogiendo los papeles con los que estuviera trabajando.

Margaret se acercó a Ray y susurró:

—¿Te veré esta noche, Ray?

—Lo siento… Me encargaron un reportaje sobre el crimen en la ciudad. Esa es la razón por la que estaba en Jefatura cuando el sargento me habló de este asunto. He de volver con él.

—Ya… claro.

—Te llamaré mañana, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

Hubo un murmullo de despedida, y antes de marcharse el sargento aún recomendó:

—Cuando ella regrese, por favor, dígale que se ponga en contacto con nosotros. Hay que dar curso a los trámites de rutina, ustedes saben…

Andrew pensó que la tierra oscilaba bajo sus pies. Un terror letal se adueñaba de su ser, frío y viscoso como un reptil.

CAPÍTULO VI

Durante el camino de regreso a la ciudad, el sargento comentó:

—Es una familia que no tiene desperdicio, maldita sea… Aunque eso ya debes saberlo a juzgar por la manera cómo te miraba esa dama.

—He salido con ella tres veces.

—¿Y dónde llegaste en tus salidas?

—Esa pregunta podría incriminarme, polizonte —rió Moran—. No se la hagas nunca a un caballero.

—Tú no eres ningún caballero. Bueno, antes de salir hice algunas averiguaciones sobre esa importante camada de *bon-vivants*. ¿Sabías que el sobrino de la vieja es un invertido?

—Lo sospeché en cuanto le vi por primera vez, pero hay que reconocer que lo disimula bien. Digamos… con dignidad.

—Cierto, pero fue detenido una vez.

—¿Y cómo terminó?

—Bien, digamos que se echó tierra al asunto. Los apellidos de esa gente pesan mucho en el Estado, ya sabes.

—Claro.

Jennings suspiró.

—Me revientan esos tipos, Ray, palabra. He visto demasiados a lo largo del tiempo.

—¿Estás ocupándote de la vida privada de esa delicada flor de invernadero, o del paradero de Agni?

—Una cosa lleva a la otra. Él en un sentido y ella en otro son capaces de provocar el vómito en un tipo ecuánime.

—Exageras. Agni sólo tiene una debilidad por los individuos musculosos…

—¿Sabes que es una alcohólica?

Ray hizo una mueca.

—Lo sé. Su hermana me ha hablado de ella aunque sin entrar en

detalles.

—Cuídate, viejo, si sigues liado con esa gente.

Jennings se echó a reír ante el furioso gruñido del reportero.

Después dijo:

—De todos modos, te juro que la interrogaré sobre el lugar adonde fue sin ropas, en plena autopista. Me tiene intrigado ese detalle.

—Apuesto que te habría gustado estar allí sólo para verla…

—Narices. Ya tengo a mi vieja en casa. Con ella siempre sé a qué atenerme… No tiene retorcidas complicaciones, si sabes lo que quiero decir, y todo lo que bebe es jugo de naranja.

—Debe ser muy aburrido, reconócelo.

—¡Vete al demonio!

Moran se echó a reír y encendió un cigarrillo, cómodamente recostado en el asiento.

El resto del trayecto apenas si hablaron.

Y, curiosamente, el reportero no pensaba en Margaret precisamente, sino en la rubia secretaria. Se sorprendió preguntándose si ella sería tan plácida como la esposa del sargento, o por el contrario, si se habría contagiado de las volcánicas pasiones que la rodeaban en aquella inmensa residencia donde parecía imperar el vicio y la degeneración.

Sería interesante averiguarlo.

* * *

Nelly acababa de desvestirse cuando llamaron a la puerta.

Se enfundó en una bata de seda, sorprendida porque no esperaba a nadie a esas horas de la noche.

De modo que cuando abrió la puerta y vio a Ray Moran plantado en el umbral, esbozó un gesto de sorpresa y exclamó:

—¿No cree que se equivoca de dirección, señor Moran?

—Usted tiene prejuicios contra mí. ¿Puedo pasar?

Ella se apartó, cerrando cuando él hubo entrado. El reducido apartamento pareció empequeñecerse todavía más al contener la gran humanidad del reportero.

Éste dejó resbalar sus ojos por la extraordinaria figura de la

muchacha y sonrió.

—¿Qué prefiere, que empiece dando rodeos o que vaya directo al grano?

—Depende de cuál sea su propósito.

—Quería volver a verla.

—Así de sencillo.

—Y hablar con usted profesionalmente también, aunque eso no era tan importante.

—¿Ha olvidado a la señorita Margaret?

—Oiga, ¿no ha salido usted nunca con algún amigo?

—Por supuesto que sí.

—Yo salí con Maggy. No hay tanta diferencia.

Al fin, Nelly sonrió.

—Cíñase a la charla profesional si no le importa, señor Moran.

—Llámeme Ray. ¿No tiene nada de beber a mano?

—Cerveza solamente.

—Creí que iba a decir que sólo disponía de jugo de naranja…

—¿Es un acertijo?

—Estaba pensando en el sargento Jennings. No importa, olvídelo. Cerveza estará bien.

—Siéntese mientras voy a buscarla.

Él se derrumbó materialmente sobre un confortable diván adosado en una esquina y encendió un cigarrillo. Aspiró el tenue perfume que impregnaba el ambiente. Tanto podía tratarse de un producto de laboratorio como del aroma de un cuerpo joven, limpio y terso encerrado en una bata de seda que en esos momentos regresaba trayendo una fría lata de cerveza.

—¿Sabe una cosa? —exclamó—. En cierto modo usted es como yo. Hay multitud de semejanzas entre este apartamento y el mío. Pequeño, confortable, íntimo y personal. La única diferencia a mi entender estriba en que el mío es un laberinto y éste perfectamente ordenado.

—Apuesto que ahora me invitará a visitarlo cualquier día.

—Eso me complacería mucho, pero no es imprescindible.

—Volvamos a lo profesional, ¿recuerda?

Él destapó la lata tirando de la anilla y bebió un sorbo.

—Hábleme de Agni Duncan.

Un tanto sorprendida, Nelly dijo:

—¿Por qué? No tienen derecho a husmear en su vida privada.

—Hay algo muy raro en este asunto, lo crea o no.

—Lo que haya de raro no quiero saberlo.

—Vamos, vamos, no sea puritana; se encontró una botella de *whisky* casi vacía en la alfombra del auto.

—¿Y qué?

—Supongamos que ella encontró a alguien atractivo. Por lo que sabemos no tenía demasiados escrúpulos a la hora de arrojarse en brazos de un hombre.

—¡Señor Moran!

—Me gusta llamar a cada cosa por su nombre cuando trabajo. Si ella se encontró a alguien, y ese alguien era un delincuente, o cualquier otra cosa por el estilo pudo pasarlo muy mal.

—¿He de recordarle que habló por teléfono conmigo y luego con su novio?

—No lo he olvidado. Pero también es curioso que no se tomara la molestia de tranquilizar a nadie de su propia familia.

—Concretamente, ¿a dónde quiere ir a parar?

—No lo sé. Estoy empezando solamente. Escuche, pequeña; mi trabajo es remover toda clase de basura y me he acostumbrado a pensar lo peor de cada caso. Sigamos suponiendo que Agni está muerta.

—Está usted loco. Yo hablé con ella.

—Usted *creyó* hablar con ella. Una voz puede fingirse. Pero estamos sólo suponiendo cosas, ¿sí? Suponiendo que ella está muerta, que la mataron para robarle esos mil dólares que había sacado del Banco esa mañana. ¿No sería posible que el asesino se valiera de alguien para simular que Agni vive, a fin de retrasar todo lo posible las investigaciones de la policía?

—Me parece sencillamente absurdo.

Él sonrió.

—En parte, también me lo parece a mí. Los asesinos de carretera, matan brutalmente y ponen tierra de por medio.

—Entonces…

—Entonces, quizá nuestro hombre no sea un simple asesino de carretera.

—Y quizá no exista siquiera ese asesino. ¡Oh, maldita sea! Ya hablo como usted. Le digo que era la voz de Agni la que habló por

teléfono conmigo.

—Tal vez.

Apuró la cerveza y dejó la lata vacía sobre la mesilla enana.

—¿Tiene más suposiciones profesionales que exponer, señor Moran?

—Ray —le recordó él, pacientemente.

—Ray. ¿Las tiene, sí o no?

—Presiento que se dispone a despedirme.

—Ni más ni menos. Quiero tomar una ducha y preparar mi cena. Soy una mujercita de su casa, tranquila y rutinaria. Está haciéndose muy tarde para mí.

—Me pregunto si podría prescindir usted de esa ducha por el momento.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque en ese caso yo podría invitarla a cenar. Conozco un pequeño restaurante italiano donde uno puede saciar el más feroz de los apetitos.

—Los restaurantes italianos son mi debilidad. ¿Cómo lo averiguó usted, señor Moran?

—Oiga, definitivamente, o me llama Ray o se paga usted la cena.

Nelly le contempló sonriendo. Sentía un desacostumbrado cosquilleo en los nervios.

—De acuerdo, Ray. Deme tiempo para vestirme. Pero ¿no cree que está jugando sucio con la señorita Margaret?

—En absoluto. Fue sólo un encuentro, nada que deje huella.

—Bien, de todos modos sólo se trata de una cena. Voy a vestirme. Si va a la cocina podrá tomarse otra cerveza mientras espera.

—Con mucho gusto.

Ella se fue al dormitorio y él a la cocina.

Era una cocina mayor de la de su propio apartamento.

Y, por supuesto, mucho más ordenada…

CAPÍTULO VII

Andrew se encerró en la biblioteca tras asegurarse de que Margaret estaba en compañía de tía Laurie.

El nerviosismo le había dominado durante toda la velada. El nerviosismo y el miedo ante la amenaza desconocida que parecía envolverle.

Él era el único que sabía positivamente que Agni estaba muerta, sepultada en el mar con una pesada piedra atada a los tobillos. No había podido surgir de las profundidades del mar y llamar por teléfono a nadie, de eso no cabía duda.

Sin embargo, alguien pretendía tejer una telaraña a su alrededor, aunque ignoraba los fines que movían esa maligna voluntad.

Necesitaba olvidar aunque fuera por unas horas todo ese terror, todos sus proyectos futuros encaminados a obtener la herencia de la vieja que no acababa de morirse.

La biblioteca era el único lugar de la casa donde había un teléfono independiente, sin conexiones en ninguna otra dependencia.

Lo descolgó y marcó un número que sabía de memoria.

Oyó zumbar el timbre al otro extremo del hilo, pero nadie respondió.

Inquieto, colgó y después marcó otro número. Esta vez hubo una respuesta casi inmediata.

Oyó el confuso murmullo de voces, y una música de fondo suave y sensual.

Y una voz atiplada que preguntó algo.

—¿Está ahí Johnny Carey, por favor? —preguntó Andrew, impaciente.

—¿Carey? Un momento, voy a ver…

Esperó. La música de fondo runruneaba a través del auricular,

apagando en parte el murmullo de voces del bar.

Un minuto después, la voz atiplada brotó de nuevo.

—Lo siento, Johnny Carey no ha venido esta noche. Puede dejar cualquier recado para él, ¿sabe? Quizá venga más tarde… ¡Tiene tantos compromisos, usted sabe…!

Colgó de golpe, furioso.

El maldito estúpido. ¿Dónde andaría?

¿Y con quién?

Encendió un cigarrillo y aspiró el humo como si quisiera intoxicarse con él, ávidamente.

La lámpara de la mesa esparcía un círculo de luz que terminaba a corta distancia. El resto de la espaciosa sala estaba en sombras.

Empezó a ponerse nervioso. Todo su sistema nervioso estaba alterado, y ahora sólo faltaba que Carey desapareciera. Precisamente esta noche… Hubiera querido salir, beber con Johnny y hablar de los mil temas intranscendentes que le tranquilizarían…

Más allá del ventanal, el jardín en sombras se extendía formando un emporio de riqueza que algún día sería suyo. Entonces poseería todo cuanto se le antojase. Nada podría resistírsele. Voluntades, hombres, placeres… Todo estaría encerrado en su puño.

Oyó un extraño roce más allá de los cristales y se envaró.

Levantándose, rodeó la mesa y se acercó al enorme ventanal cerrado. Creyó ver una confusa sombra movediza al otro lado, pero no podía haber nadie allí a semejantes horas. Los dos perros dogos sueltos por el parque harían pedazos a cualquier intruso.

No obstante, aguzó la mirada y atisbó, casi pegado a los cristales.

Y entonces, el horror se materializó frente a sus ojos.

Fue apenas una mancha blanca provista de ojos y boca, y cabellos lacios.

La cara de una mujer.

¡La cara de Agni!

Andrew se echó atrás como si le hubiesen golpeado.

Y gritó.

No pudo evitarlo. El terror le dominó y emitió tal alarido que los cristales vibraron.

Su grito se confundió con otro que resonó en alguna parte de la casa, pero él ni siquiera lo oyó.

Horrorizado, se forzó a mirar otra vez los cristales.

Más allá sólo había negrura, sombras de la noche cómplices de lo que fuera que flotaba en el aire, aquella cosa que ya no estaba allí porque las sombras la habían engullido.

Andrew retrocedió a trompicones, temblando, a punto de derrumbarse sin fuerzas a causa del impacto que recibiera.

De nuevo, en alguna parte una voz gritó, y esta vez sí la oyó.

La voz de Margaret llamándole con voz de urgencia.

A trompicones llegó a la puerta y la abrió. Estaban encendiéndose luces en toda la casa.

En la escalinata, Margaret apareció terriblemente agitada.

—¡Andy! ¿Dónde estabas, hombre? No importa, llama al doctor inmediatamente…

—¿Qué… qué sucede…?

—Tía Laurie… ha sufrido un ataque. Creo que está muy mal. ¡Apresúrate!

Margaret desapareció otra vez, corriendo.

Vio salir a Eveline de las dependencias de la parte posterior y correr hacia la escalera.

Le parecía que un velo sucio se extendía ante sus ojos mientras los ramalazos del terror culebreaban aún por su espinazo.

Tardó casi un minuto en decidirse a buscar otro teléfono que no estuviera en la biblioteca. Se sentía incapaz de volver a entrar allí.

Balbuceó como un beodo por el teléfono, urgiendo al doctor Prentis que viniera cuanto antes.

Cuando colgó, todo su cuerpo estaba bañado en sudor frío.

* * *

El médico salió del dormitorio con rostro preocupado.

Margaret cerró las puertas y murmuró:

—¿Cómo está, doctor?

—Muy mal, ésta es la verdad aunque a ella no pueda decírsele. Tiene el corazón extremadamente débil.

—¿Cree usted que… que es posible un desenlace fatal, doctor?

—Bueno, no inmediato en todo caso, pero en mi opinión no soportará mucho tiempo la insuficiencia cardíaca que sufre.

Margaret titubeó, mientras el doctor extendía una receta sentado ante una mesita.

Cuando logró decidirse murmuró:

—Usted sabe, doctor, las circunstancias en que nos encontramos nosotros aquí… Por lo que sabemos, mi tía aún no ha redactado testamento alguno.

—Siempre ha sido muy testaruda —sonrió el doctor Prentis, levantándose.

—¿Cuánto tiempo cree usted que puede vivir?

—Es difícil concretarlo, pero no creo que supere las dos semanas, por mucho que consiga reponerse de este ataque.

—Dos semanas…

—Tal vez un poco más, pero más probablemente menos. Lo siento de veras, Maggy.

Ésta ocultó sus sentimientos perfectamente.

—Es terrible —musitó—. Ha sido tan buena con nosotros… tantos años…

—Lo sé, pero debes comprender que de la vejez nadie escapa. De cualquier modo, consuela pensar que ella ha vivido intensamente.

Margaret tomó maquinalmente la receta, escuchó las breves instrucciones y recomendaciones del médico y después le acompañó a la puerta con aire contrito.

Cuando la cerró, Andrew estaba allí, mirándola con ojos extraños.

—¿Qué te dijo el matasanos?

—Tía Laurie está muy mal, eso es lo que dijo.

—¿Tan mal como para morirse?

—Mucho me temo que sí.

—¿Lo temes? Vamos, no hagas teatro conmigo.

—No me siento con el humor suficiente para enzarzarme en un cambio de agudezas contigo ahora. A propósito, ¿qué te ocurre, Andy? Tienes una expresión muy rara, y estás lívido.

—No me ocurre nada. Tal vez algo me sentó mal durante la cena, eso es todo.

—Me voy arriba. ¿Está abierto el garaje? Enviaré a Eveline a la farmacia ahora mismo.

—Creo que sí…

Se quedó solo. Instantes después, Eveline descendió

apresuradamente y apenas si le saludó cuando se dirigió a la puerta de servicio casi corriendo.

Sombrío, Andrew entró en el salón donde había el bar y se sirvió una generosa dosis de *whisky*. Sentía que aún le temblaban las piernas y por si algo faltaba la vieja amenazaba con reventar antes de tiempo…

Bebió glotonamente.

Entonces oyó pasos apresurados y se volvió, sobresaltado.

Eveline apareció en el umbral.

—Lamento molestarle, señor, pero el garaje está cerrado y no encuentro la llave por ninguna parte.

—¿Cerrado? —murmuró, aturdido.

—Y la llave no está en su sitio.

—Bueno, yo tengo otra. Vamos.

Salió detrás de la fiel sirvienta. Los dos enormes dogos saltaron a su alrededor al verle.

Eran dos animales gigantescos, entrenados por expertos para vigilar de noche el extenso parque. Trotaron a su lado hasta el garaje, cuyo portón basculante abrió con su propia llave.

La luz automática se encendió al elevarse la pesada puerta.

Dentro había tres coches.

Uno de ellos era pequeño y rojo.

Y no debía haber estado allí, sino en los garajes de la policía.

Andrew casi se cayó de espaldas, porque aquél era el auto de Agni.

Incluso Eveline se quedó perpleja.

—No sabía que la señorita había regresado —comentó con asombro.

—¡No ha vuelto! —estalló Andrew, agónico—. ¡No puede haber vuelto!

—¿Cómo dice, señor?

—Quiero decir… que… que yo la habría visto. Además, no oí el motor del coche…

—Pues está aquí, señor. Quizá la señorita Agni se sentía indispuesta cuando llegó y prefirió encerrarse en su dormitorio.

Cuando se hablaba de las colosales borracheras de Agni, todo el mundo en la casa decía *indispuesta*.

Eveline se desentendió del asunto y entró en el Ford que solía

utilizar ella.

Andrew fue incapaz de moverse durante mucho tiempo, incluso después que la sirvienta se hubo marchado.

El coche rojo le obsesionaba.

Al fin se acercó a él cautelosamente, como si la estilizada máquina pudiera soltarle un zarpazo en cualquier instante.

Sobre el asiento contiguo al del conductor había un revoltijo de ropas…

Un sujetador, el vestido, otra prenda diminuta que era puro encaje… y un bikini amarillo.

Sintió que se ahogaba, que el mundo dejaba de girar de pronto a su alrededor, que un cataclismo se desencadenaba en alguna parte sacudiéndole salvajemente.

¡Aquel bikini debía estar en el fondo del mar, sobre el cuerpo muerto de Agni!

Castañeteándole los dientes salió dando traspiés, gimoteando, casi babeando de pánico. No prestó la menor atención a los dogos que pugnaban por obtener las acostumbradas caricias aprobatorias. Sus gruñidos le acompañaron hasta la casa, tenaces como el terror.

Nunca supo cómo pudo llegar hasta el teléfono y descolgarlo, y entonces recordó que no tenía la menor idea del número de la policía.

Volvió a dejar el auricular y buscó en la guía hasta localizarlo. Entonces lo marcó con dedos que apenas podía controlar.

Le respondió una voz monótona, cuyas palabras ni siquiera entendió.

—Jennings… quiero hablar con el sargento Jennings… —balbuceó.

—No está de servicio esta noche, señor. ¿Puedo comunicarle con algún otro oficial?

—Por favor… el que ocupe el lugar del sargento…

—Aguarde un minuto…

Esperó, temblando, ahogándose de angustia.

Finalmente, otra voz gruñó en su oído:

—Aquí el teniente Carmichael. Hable.

—Teniente… Ustedes tenían el coche de Agni Duncan en depósito ¿Está enterado de este asunto?

—Por supuesto. Fue retirado a última hora de esta tarde.

—¿Por quién?

—¿Cómo?

—¿Quién lo retiró?

—Su propietaria, naturalmente.

—¿Agni Duncan?

—Eso es. ¿Por qué, ocurre algo?

—No, no, en absoluto… sólo quería saber… ¿Acudió ella personalmente a recogerlo?

—Y firmó el registro, por supuesto. En caso contrario no se le hubiera entregado el auto. Pero, vamos a ver, ¿quién es usted?

Andrew colgó completamente desbordado.

Ahora, el infierno parecía abrirse ante él con sus fauces de bestia ansiosa de engullirle.

Andrew jamás pensó que el terror pudiera producir tanto daño en la carne…

CAPÍTULO VIII

Sam Hertz era un individuo de los que suelen aparecer en las portadas de esas revistas dedicadas a exaltar los músculos de los ejemplares que producían escalofríos en las solteronas y frustradas de toda la nación.

En contraste con su desarrollado cuerpo, tenía una cabeza pequeña, un mentón débil y unos ojos en los que brillaba la astucia.

A Andrew le produjo un efecto raro. Algo así como una repelente atracción, por definirlo de alguna manera.

—No puedo creer que Agni no esté aquí —insistió el hércules de opereta—. Me dijo por teléfono que se reuniría conmigo anoche y no apareció. ¿A qué diablos cree que está jugando?

Andrew se irguió. Era un Andrew pálido y macilento, pero digno.

—Le ruego que modere sus modales. Hay una enferma grave en la casa… estamos trastornados… profundamente preocupados. Mi prima Agni no ha vuelto aquí desde que desapareció hace días.

—Mire, si ella desea romper conmigo, que lo diga claramente. Todo lo que yo quiero es saber a qué atenerme, ni más ni menos. ¿Es eso tan difícil, dígame, es tan difícil?

—Óigame, ¿está seguro de que fue con ella con quien habló por teléfono?

Hertz le miró como si estuviera ante un retrasado mental.

—¡Maldita sea mi estampa! —explotó—. ¿Por quién me ha tomado, amiguito? ¡Claro que hablé con ella! La conozco bien, y no sólo su voz… sino toda ella. Estábamos muy unidos, ¿sabe?

—Señor Hertz, le doy mi palabra de honor de que mi prima no está en casa, ni siquiera ha regresado. Le aseguro que estamos muy preocupados…

—Eso ya lo dijo antes —le interrumpió el gigante—. Pero si me han mentido, si ella está jugando conmigo, voy a hacer que lo

lamenten. ¿Está claro, sí?

—Muy claro. Y ahora, por favor, salga de aquí.

Mascullando amenazas, el hombrón se fue pisando fuerte.

Andrew cerró la puerta y suspiró. ¡Qué hombre más desagradable… más zafio! Y tan rudo. Si por lo menos fuera educado, refinado…

—Un ejemplar para un circo, ¿no te parece? —comentó Margaret apareciendo al pie de las escaleras.

—¿Lo oíste?

—Y le vi. Es el prototipo de mi hermanita.

—Es detestable, odioso.

—De acuerdo, aunque sólo sea por una vez. Tía Laurie descansa al fin. Se ha dormido con un sueño pesado, pero creo que se encuentra mucho mejor que anoche.

Él cabeceó, distraído.

No podía pensar ahora en su tía. Ni siquiera en la herencia por la que había matado.

De pronto dijo de un tirón, apenas sin respirar:

—El coche de Agni está en el garaje. Alguien lo trajo anoche. Los policías dicen que la propia Agni fue a retirarlo.

—¡Esta sí es una sorpresa! ¿Y dónde está mi hermana?

—No lo sé. Probé en su dormitorio, pero no estuvo allí.

—Veamos si entiendo… ¿Quieres decir que vino, dejó el coche en el garaje y volvió a marcharse sin decir nada a nadie?

—Así parece.

—¡Pero es absurdo!

—Tanto como quieras.

Margaret no trataba de disimular su desconcierto.

—¿Y eso sucedió anoche?

—Pregúntale a Eveline. Vimos el Lotus cuando ella fue a sacar el Ford para ir a la farmacia. Además, alguien había cerrado el garaje y la llave ha desaparecido.

—¿Estaban sueltos los perros?

—Claro.

—Entonces, tuvo que ser Agni, no hay duda. Esas bestias habrían despedazado a cualquier desconocido.

Andrew no replicó. Estaba lívido y se volvió de espaldas a su prima. Encendió un cigarrillo con dedos que temblaban y murmuró:

—Me gustaría saber qué pretende tu hermana con todo esto…

—Yo también. Ahora ya no tiene ninguna gracia su absurdo comportamiento, ¿no crees? Máxime en estas circunstancias. Tía Laurie puede morir en cualquier momento y me consta que no ha extendido testamento aún. Deberíamos discutir eso los tres.

Él no encontró nada que decir.

Todos sus planes. Todos sus proyectos calculados en sus más mínimos detalles se hundían por la base.

De pronto se encontró acuciado por la sed de saber…

Dijo con voz sorda:

—Voy a salir, Maggy. Necesito tomar el aire… respirar. Hablaremos cuando regrese.

—Bueno, pero déjame decirte que te encuentro muy raro últimamente, querido. ¿Qué te ocurre?

—No es nada que deba preocuparte.

Se fue apresuradamente, seguido por la aguda mirada de Margaret.

En la puerta se cruzó con Nelly y apenas si la saludó.

Él no podía fijarse en la luz que parecía irradiar el hermoso rostro de la muchacha…

Margaret sí.

CAPÍTULO IX

Acababa de afeitarse cuando el teléfono rompió el silencio del desordenado apartamento.

Ray se tomó tiempo mientras se quitaba el jabón de la cara.

Después descolgó el auricular y la voz del sargento Jennings le llegó, nítida y burlona.

—He pensado que la cosa podría interesarte, Ray —dijo.

—¿Qué cosa?

—Sórdida, nauseabunda. Apesta.

—Es mi especialidad.

—Entonces, reúnete conmigo en Palm Canyon, siete cinco dos.

Colgó. Muchos de sus éxitos periodísticos habían empezado con mucho menos.

De modo que se vistió apresuradamente y poco después introducía su coche entre el espeso tráfico de la mañana.

Palm Canyon hubiera podido ser un distrito residencial si las gentes apreciasen más la tranquilidad que el dinero.

El lugar empezó como barrio extremo, planificado como urbanización modelo. Después se convirtió en lo que era en la actualidad. Un sitio donde proliferaban las residencias de medio pelo, para turistas también de mediano poder adquisitivo. Lo que fueron casas de una planta se habían hinchado con sucesivos añadidos y anunciaban habitaciones a precio módico, cómodas, frescas y cercanas a la playa.

Había varios coches de la policía estacionados junto a la acera, y un grupo de curiosos mantenidos a distancia por un par de aburridos guardias de uniforme.

Ray detuvo su auto detrás del último coche-patrulla y se acercó al policía que guardaba la entrada del *bungalow*.

—El sargento Jennings está esperándome. Me llamo Moran.

—Entre. Nos avisó que usted estaba en camino.

Se coló dentro.

Le sorprendió un absoluto desbarajuste. Daba la sensación de que un elefante loco había retozado dentro de la casa pulverizando hasta las lámparas.

Jennings sacaba humo de un pestilente cigarro, mientras sus expertos trataban de sacar algo concreto de aquel embrollo.

—¿Y bien? —exclamó Moran—. ¿Hubo un tornado o qué?

—¿Tú qué opinas? Una buena pelea sin duda. Lo destrozaron todo.

—¿Sangre?

—Algunas manchas aquí y allá. A alguien debieron aplastarle la nariz, a menos que lo abrieran en canal, cosa que dudo.

—Muy bien; un par de tipos se zurraron a placer. ¿Hay algún cadáver escondido en alguna parte?

—Ningún fiambre.

—Entonces, ¿dónde está lo que me prometiste por teléfono?

Jennings esbozó una mueca. Antes de contestar se aseguró de que el petardo que fumaba ardiera regularmente y entonces dijo:

—La última vez que nos vimos te hablé de cierto suceso en el que Andrew Welles se vio implicado, ¿recuerdas?

—Él y un efebo rubio, según tu gráfica descripción. Lo recuerdo bien.

—Bueno, el efebo rubio vivía aquí. Se llama John Carey y al parecer tiene un éxito desbordante.

—Ya veo… Continúa, viejo.

—No hay mucho aún. Nos llamó el administrador de este grupo de *bungalows*. Estaba preocupado porque desde hace cuatro días no veía a Carey ni de lejos, y el rubio debe dos meses de alquiler, de modo que el hombre se alarmó y vino a dar un vistazo. Lo que vio casi le produjo un ataque. Está saliéndole humo de los sesos calculando lo que estos destrozos van a costarle si no encontramos a Carey pronto.

—¿Cómo es ese tipo, fuerte, pendenciero o qué?

—¿Carey?

—Sí.

—No. Más bien podríamos decir que es un tipo pacífico, delicado, amante de la buena vida. Sabremos más de él cuando hagamos unas preguntas en los lugares convenientes.

—Entonces, ¿por qué supones que sostuvo un combate como el que delatan estos destrozos?

—Porque es lo único que se me ocurre. Mira, Ray; estos fulanos son delicados como flores de invernadero, pero en determinadas circunstancias pueden ser endiabladamente vengativos y peligrosos.

—¿Vas a complicar a Andrew Welles en esto?

—En lo que atañe a Welles habré de andar con pies de plomo, como suele decirse, pero nadie le librará de que le haga algunas preguntas que no van a gustarle.

—Sí, claro…

—Pero primero haremos un corto recorrido, si es que te interesa el caso.

—Me interesa. Preparo una serie según mi estilo.

—Lo que quiere decir que apestará por los cuatro costados.

Moran se encogió de hombros.

—Yo no organizo ni el crimen ni la corrupción, me limito a escribir sobre todo ello poniéndolo al descubierto.

—No necesitas convencerme a mí, sino a tus editores.

Uno de los peritos se acercó al sargento.

—Hemos terminado —dijo—. Sólo falta levantar algunas huellas más, pero el resto está listo.

—¿Y las muestras de sangre?

—Yo mismo las llevaré al laboratorio.

—De acuerdo. Ocúpate de averiguar qué grupo sanguíneo es el de John Carey. Y que se inscriba su nombre en la Oficina de Personas Desaparecidas. Hay que cumplir todos los requisitos, ya sabes.

—Muy bien, sargento.

Jennings se dio cuenta de que el cigarro se le había apagado. Masculló un juramento y lo arrojó por la ventana.

—Vámonos —dijo.

Ray le siguió.

—Podemos utilizar mi coche —propuso—. Que se lleven el tuyo a jefatura y yo te llevaré allí al terminar.

—De acuerdo. Es un modo como otro cualquiera de ahorrarle gasolina al contribuyente.

—Recuérdamelo cuando presente mi declaración de impuestos.

Puso en marcha el motor y salió zumbando.

* * *

El bar era lujoso, estrecho, oscuro, largo y perfumado.

Un perfume dulzón que flotaba en la atmósfera.

Jennings se detuvo apenas cruzada la puerta y refunfuñó:

—No creo que ninguna fulana barata fuera capaz de gastar ese perfume.

—Es sólo un ambientador, viejo, no te sulfures.

Había pocos clientes a esa hora, apenas cuatro o cinco hablando en susurros junto a la barra.

La presencia de los dos recién llegados sembró la alarma y el desconcierto. Aquella clase de hombres no eran frecuentes en ese tipo de bares.

El mozo que holgazaneaba detrás del mostrador enarcó sus bien delineadas cejas, parpadeó repetidamente y encanutó los labios cuando dijo, como si escupiera la palabra:

—¡Uf, polillas, chicos!

Jennings rechinó los dientes.

—Repítelo y tendrán que ponerte cejas artificiales, maldita rata.

Moran rió.

—Tranquilo, sargento. ¿Qué tal si tomamos un par de cervezas?

—De acuerdo. Tú pagas.

—Ya lo oíste, mariposa de los prados. Dos cervezas. Heladas si es posible.

Una catarata de desprecio se desbordó de los sombreados ojos del mozo, pero se apresuró a servir el pedido sin más comentarios.

Los escasos clientes optaron por poner tierra de por medio y empezaron a deslizarse hacia la salida.

El sargento se apartó de la barra y gruñó:

—Me gustaría hablar con todos ustedes, si no tienen inconveniente. ¿O sí lo tienen?

Les cerraba el paso con su alta figura. Por la abierta americana asomaba la curva culata de su revólver de reglamento.

Los aludidos decidieron que una charla no podía hacerles ningún daño y retrocedieron a sus puestos otra vez.

Ray bebió un sorbo de su cerveza. Estaba helada.

—Es buena, viejo, bebe —aconsejó.

—Algo había de ser bueno aquí.

Casi vació su vaso de un trago. Después dijo dirigiéndose al *barman*:

—John Carey. Le conoces, ¿no es cierto? Niégalo y empezaré a considerar seriamente la idea de clausurarte el negocio.

—Conozco a Carey. Es un buen chico.

—Apuesto que todos tus clientes lo son… ¿Cuándo lo viste por última vez?

—No sé… Ya sabe usted cómo son estas cosas. Los clientes entran y salen, y hay horas que esto está lleno. Uno no puede fijarse en todo el mundo.

—Será muy malo para ti que no puedas recordar cuando le viste por última vez. Quizá tus silenciosos clientes puedan ayudarte, ¿sí?

Los aludidos cambiaron miradas intrigadas.

Uno preguntó:

—¿Para qué le buscan, se ha metido en algún lío?

—Yo no dije que estuviera en ningún lío. Sólo pregunté cuándo estuvo aquí por última vez.

—Hace tres o cuatro días, es todo lo que recuerdo —dijo el mozo de pronto.

—¿Tenía alguna señal en la cara?

—¿Señal?

—Tal vez la huella de algún golpe, un ojo negro o algo así.

—No, en absoluto. Estaba como siempre. Es un buen muchacho —repitió con voz lenta.

—Eso ya lo dijiste antes. ¿Tres días, cuatro, cuántos? Concreta un poco más.

—Es imposible… no lo sé.

—¿Alguien le llamó por teléfono estando aquí?

—¡Oh, eso sí! Tiene muchos amigos, usted sabe. Todo el mundo le solicita…

Ray enarcó una ceja, divertido. Jennings ahogó un bufido y se contuvo.

—Tres o cuatro días —murmuró—. Concuerda, ¿no te parece?

—Por lo que sabemos, sí.

—Otra cosa —gruñó el sargento dirigiéndose al mozo—. ¿Le viste salir en compañía de alguien determinado, alguien que tenga nombre?

—Desde luego que no.

—A otro perro con ese hueso. Sé a qué vienen aquí los tipos como John Carey. Esto es una especie de escaparate, por llamarlo de algún modo que no ensucie la boca. ¿Lo viste o no en compañía de alguien?

—Palabra que no, hombre. ¡Qué incrédulo es usted!

Jennings tanteó sus bolsillos hasta encontrar un cigarro. Estaba blando y retorcido, pero lo enderezó y le pegó fuego casi con furia.

La acre peste del cigarro se extendió por el local.

El barman arrugó la nariz, escandalizado.

—Piensa bien la respuesta esta vez —dijo el sargento cuando hubo envenenado la atmósfera a placer—. ¿Estuvo aquí, con Carey, un individuo llamado Andrew Welles?

—Hace mucho tiempo que no veo al señor Welles, palabra.

—¿No viene por aquí?

—Ya no.

—¿Desde cuándo? Era un buen cliente por lo que yo sé.

—Lo era.

—¿Cuándo dejó de venir, a raíz de la bronca por la que les detuvieron a los dos, a Carey y a Welles?

—Poco más o menos.

—Si has dicho un solo embuste lo sabré, ¿entiendes? Y entonces encontraré cualquier pretexto para meterte en un sitio que no te gustará. De modo que recapacita bien antes que nos vayamos, muchacho.

—He dicho todo lo que sé, palabra.

—Sí, bueno, ya veremos. Paga, viejo.

Ray dejó unas monedas sobre el mostrador y ambos se fueron.

Una vez fuera, Moran comentó con sorna:

—Daría cualquier cosa por escuchar los comentarios de tus delicados amigos, sargento. Los que nos dedican a nosotros quiero decir.

—Podrías escuchar cosas mucho más edificantes en un burdel. Llévame a casa de Welles ahora.

Moran despegó el coche de la acera y cuando aceleró estaba pensando en Nelly. A la muchacha no iba a gustarle esta visita policíaca.

Aunque menos le gustaría a Andrew.

CAPÍTULO X

Lo encontraron paseando por el parque, profundamente ensimismado. Tanto que no descubrió la presencia de los dos hombres hasta que los tuvo prácticamente al lado.

Jennings comentó por todo saludo:

—Parece usted preocupado, señor Welles. ¿Algún problema?

—¿Por qué habría de tenerlo? No les oí llegar.

—Nos dijeron en la casa que le encontraríamos aquí. Espero que no le moleste nuestra visita.

Les miró alternativamente. Una vez más, el influjo extraño de Moran le subyugó. Pero la actitud del sargento tuvo la virtud de inquietarle.

—¿Qué ocurre, algo relacionado con mi prima Agni? —dijo con voz falsamente segura.

—¿Su prima? No, en absoluto. Supongo que ya sabe usted que fue a retirar el coche y firmar el comprobante.

—Ciertamente. ¿La vio usted, sargento?

—No, había salido de servicio a aquella hora.

—Entonces, ¿a qué se debe su visita?

—Espero que no le moleste responder a un par de preguntas, señor Welles, aunque puedan ser desagradables para usted.

—Me alarma, sargento. ¿Dijo que se llama Jennings?

—Así es. Lo que tengo que decirle está relacionado con un joven cuyo nombre es Carey. John Carey.

Welles palideció visiblemente.

—¿Qué pasa con él? Creí que aquel desagradable incidente estaba olvidado hacía tiempo.

—Realmente, lo está. Se trata de otro asunto. John Carey ha desaparecido.

—¿Desaparecido? Absurdo… Johnny me hubiera advertido si pensaba salir de viaje. Quiero decir…

Su voz se extinguió al darse cuenta de que había hablado demasiado.

Jennings dijo suavemente:

—Señor Welles, acaba de admitir que sigue manteniendo usted cierta relación con Carey.

—Bien… le veo de vez en cuando.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Hace algún tiempo.

—¿Cuánto? Trate de concretar un poco más, por favor. Es importante.

Andrew hacía tremendos esfuerzos para mostrarse correcto, más o menos normal.

Moran casi sintió lástima por él.

—Hace tres noches —murmuró—. Estuvimos tomando unas copas juntos.

—¿Le dijo él que estaba preocupado, que quizá temía una agresión?

—En absoluto. ¿Realmente le agredieron?

—Al parecer, sí. Por lo menos, hubo una tremenda lucha en su vivienda.

—No lo comprendo. Johnny jamás fue un muchacho pendenciero. En realidad, es extremadamente correcto. Posee una exquisita educación.

—Nos ayudaría usted mucho si pudiera recordar algo que él dijera referente a sus inmediatos proyectos.

—No hubo nada de eso. Hablamos de trivialidades. Estaba como de costumbre.

El sargento no pudo ocultar una mueca de desaliento.

—Había pensado que podría sernos usted de más ayuda, señor Welles.

Éste irguió la cabeza. Recobrada la calma era otra vez Andrew Welles, aristócrata consciente de sus derechos y su posición.

—He sido muy complaciente con usted, sargento. Podía haberme negado a responder estas preguntas y usted lo sabe.

—Y le doy las gracias por su amabilidad.

Se despidieron con cierto embarazo. Luego, cuando se separaban, Moran dijo:

—Me gustaría que dijera a su prima Agni que desearía hablarle.

Ya me dijeron que no está en la casa en estos momentos, pero cuando vuelva, si es usted tan amable…

Andrew cabeceó, asintiendo, pero incapaz de hablar.

¿Qué era todo aquello, una trampa de la policía tal vez?

Los vio alejarse por el parque en dirección a la residencia.

La inquietud creció como una marea en su interior. Era muy extraño lo que sucedía. No podía creer en fantasmas ni aparecidos, y Agni estaba bien muerta. Esa era la única cosa de la que estaba absolutamente seguro.

Todo lo demás constituía una horrible pesadilla.

A menos que sospecharan de él y tratasen de tenderle una absurda trampa.

Pero si era así debían haber descubierto el cadáver.

¿O alguien le había visto cometer el asesinato?

Eso era imposible. Se había asegurado.

Pero si habían sacado el cuerpo… Necesitarían pruebas para poder acusarlo. Y no existían. Ninguna.

A menos que perdiera la cabeza y confesara, aunque estaba seguro de que eso no lo haría nunca.

Pero debía asegurarse bien del terreno que pisaba, y la única manera de estar absolutamente seguro sería obteniendo la certeza de que el cuerpo de su prima continuaba bajo las aguas, lastrado por la pesada piedra… y llevando todavía el bikini amarillo.

* * *

Nelly estaba junto a la puerta cuando los dos hombres llegaron a la casa.

Moran dijo:

—Entra tú, sargento, ¿quieres?

Jennings enarcó una ceja. Miró a Nelly y cabeceó.

—De acuerdo.

Al quedar solos la muchacha murmuró:

—¿Qué ocurre, Ray?

—Nada, tranquilízate. El sargento deseaba hacer unas preguntas a Andrew, eso es todo.

—¿Hablaste con la señorita Margaret respecto a mí?

—Ni siquiera he vuelto a verla.

—Me mira de distinto modo… Es como si sospechara.

—Tonterías. Además, te dije que no había ningún lazo entre ella y yo. ¿Cenarás conmigo esta noche?

—¿En el pequeño restaurante italiano? —sonrió la muchacha.

—Donde tú quieras.

—A las ocho, entonces.

—Te cobraré la cena al mismo precio que anoche, aunque de momento me conformaré con un pequeño anticipo.

La atrajo suavemente y la besó.

Estaban besándose ardorosamente aún cuando Margaret apareció en el fondo del vestíbulo.

Se detuvo, rígida, mirándoles. Luego, retrocedió y en sus ojos chispeaba el despecho y la ira.

Casi tropezó con el sargento.

—Ah, señorita Duncan… Quería despedirme. Ya hablé con su primo.

—Dígame, sargento, ¿se encuentra Andy en otro desagradable embrollo?

—En absoluto.

Sus voces alertaron a Ray y la muchacha. Nelly se apresuró a regresar a su trabajo y Moran fue a reunirse con el sargento y la despechada Margaret.

Llegó a tiempo de ver cómo Jennings estrechaba la mano de la mujer. Cuando él le imitó, Margaret dijo con voz baja y ronca:

—Espero que podrás ofrecerme una explicación.

—Claro.

—Esta noche, en tu apartamento.

—Lo lamento, pero…

—¡Tengo derecho a ello, Ray!

Jennings dijo:

—¿Nos vamos, Moran?

—Esto… sí. Te llamaré, Maggy.

—Esta noche.

Giró sobre los talones y se alejó, altiva, rígida, desapareciendo de su vista.

El sargento comentó:

—Ray, el día menos pensado encontrarás una que no aceptará el

relevo y te rebanará el pescuezo. ¿Cómo diablos te las arreglas para meterte en continuos líos de faldas, hombre?

—Esta vez es distinto.

—Lo dudo. ¿Sabes que esa dama te sorprendió besando a la otra?

—Lo imaginé… Está empeñada en tener una explicación esta noche en mi leonera.

—No quisiera estar en tu lugar —rió el sargento.

Andrew se apretó contra la pared, cerca de la puerta, oculto por un tupido arbusto. Aún oyó a Moran cuando dijo:

—De todos modos habrá de esperar. Esta noche tengo otro compromiso fuera.

Andrew esperó a oír el motor del coche alejándose. Tras esto, subió a su habitación y se encerró allí. Su mente era un caos y necesitó de todo su dominio para controlarla y conseguir pensar con implacable tenacidad y lucidez.

Cuando Eveline subió a avisarle que la comida estaba servida, sus esfuerzos habían logrado lo que se propusiera: un plan perfecto… cuyo fin era la muerte.

—¿Cómo está tía Laurie? —preguntó, regulando perfectamente su voz.

—Abatida. —La mirada de Eveline centelleó—. Ha llamado a su abogado y al notario, señor.

Andrew dio un respingo.

—¿Seguro?

—Yo misma cursé las llamadas, señor. Creí que le gustaría saberlo… porque al fin va a redactar el testamento.

—Creo que esperó demasiado, ¿no cree?

La sirvienta asintió. Llevaba el cabello liso y recogido en la nuca de manera sobria. Andrew pensó que esa mujer había sacrificado muchos años de su vida, aún joven, en aras de servir a la vieja. Una idea le asaltó de repente.

—Eveline…

—¿Señor?

—Supongo que tía Laurie la tendrá en cuenta en el testamento. Usted la ha servido fielmente durante mucho tiempo.

—Casi diez años, señor.

Salió de la habitación sin responder concretamente a la

insinuación. Pero era indudable que algo le tocaría.

Poco, desde luego. Ya se ocuparía él de que no pudiera quedarse con ninguna suma importante cuando en sus manos estuvieran los resortes de la riqueza.

CAPÍTULO XI

Cuando sonó el teléfono, Margaret se precipitó a él con mal reprimida impaciencia.

—¿Hable? —exclamó.

—¿Eres tú, Maggy?

—Sí…

—Aquí Ray, querida.

—¡No me llames así! ¿Crees que puedes burlarte de mí?

—Lo siento. Fui un tonto, de veras. Ya te contaré.

—¿Qué te pasa? Te oigo raro…

—Estoy furioso, eso es todo.

—¿Dónde estás?

—En Jefatura. Escucha, espérame en mi apartamento. Pídele la llave al administrador. Toma una copa y me reuniré contigo tan pronto pueda.

—Iré, Ray, y espero que tengas una buena explicación que ofrecerme.

—La mejor, palabra. Hasta luego.

—Adiós.

Colgó, excitada.

Desde luego, le haría sudar sangre antes de rendirse a sus caricias.

Pero estaba orgullosa de haberle recuperado. Despediría a Nelly, por supuesto. ¡La mosquita muerta!

—¡Eveline!

La sirvienta apareció en lo alto de la escalera.

—Voy a salir. ¿Podrás ocuparte de tía Laurie hasta mi regreso?

—Naturalmente que sí.

—¿Sabes si Andy está en su cuarto?

—Oí su coche hace media hora. Debe haber salido también.

Subió a su habitación para vestirse adecuadamente para la

ocasión. Se estremecía por anticipado ante la noche tormentosa que le aguardaba.

Ella haría que fuera la más excitante de su vida.

En cierto modo, iba a serlo, aunque eso no pudiera saberlo.

* * *

Nelly separó los labios del cepo en que habían caído y jadeó:

—¡Tú, salvaje…! Van a detenernos por escándalo…

—Tengo influencias en la policía.

Estaban en la acera, junto al coche y frente a la casa donde vivía la muchacha.

—Se me ocurre que aún no conoces mi leonera, querida —dijo él de pronto.

—Si estás pensando llevarme allí esta noche, olvídalo.

—Entonces, invítame a una copa en tu refugio.

—¿Y te irás después de beber una copa?

—Seguro.

—Ray, acabas de darme tu palabra.

—¿Quieres que lo firme?

—Me gustaría.

Abrió la puerta y entraron. En el elevador trató de besarla de nuevo, pero ella le mantuvo a distancia, aunque bien es cierto que no puso mucho entusiasmo en el forcejeo.

El apartamento olía a cuerpo joven, a primavera y a vida cuando entraron.

—No te muevas de aquí, amiguito —le amenazó Nelly, dirigiéndose a la cocina.

Regresó trayendo una lata de cerveza helada.

Después de beber unos sorbos, él dijo:

—¿Sabes que Margaret nos sorprendió besándonos esta mañana?

Ella dio un respingo.

—¿Es cierto eso?

—Completamente cierto. Creo que se puso furiosa.

—¡Dios! Me despedirá si se ha tomado en serio este asunto.

—Y eso, ¿sería muy grave para ti?

—¡Vaya pregunta! ¿De qué crees que iba a vivir?

—Bueno, yo gano bastante. Pensándolo bien, podría mantener a una mujercita adorable a la que le gustase cenar en restaurantes italianos…

—¡Ray!

—Y que supiera hacer el amor como es debido.

—¿Qué diablos estás proponiéndome?

Él la atrapó, sentándola sobre sus rodillas. Esta vez se anticipó a su posible resistencia y apresó sus labios en una vorágine que casi la levantó en vilo.

—¡Necesito respirar de vez en cuando! —jadeó la muchacha una eternidad más tarde.

—Dime, ¿te casarías conmigo, linda?

—No me parece ésta la forma correcta de proponerle matrimonio a una chica.

—Lo siento, pero no tengo mucha práctica, tú sabes. Es la primera vez que me dejo cazar.

Volvió a besarla y Nelly sintió que el mundo comenzaba a girar a su alrededor vertiginosamente, en un torbellino que no parecía tener fin.

—Ray… —susurró—. Prometiste irte después de tomar una copa.

—¿Qué copa? Sólo bebí cerveza.

—Eso es un truco para quedarte.

—Lo admito.

—Si no te vas te cogeré la palabra… me casaré contigo.

—Que Dios me asista, pero no puedo irme ahora. Acabo de quemar mis naves.

Nelly intentó reírse de todo ese absurdo. Sus labios eran rojos, maduros y suaves. De pronto sintió que le ardían y se quedó sin aliento.

En cierto modo, ella también quemaba sus naves.

Y al retener al hombre en sus brazos sentenciaba a muerte a una mujer.

CAPÍTULO XII

El encargado del edificio le entregó la llave sin oponer ningún reparo. Sin duda, Ray le había dado instrucciones.

Entró en el elevador y el aparato se lanzó hacia arriba como un cohete, recorriendo los treinta pisos de altura en un soplo.

La mullida alfombra del rellano apagó sus pasos. Abrió la puerta y entró en el apartamento.

Encendió la luz del techo. Era una luz fuerte y brillante, poco acorde con una reconciliación amorosa.

Margaret sorteó el laberinto de periódicos, revistas, libros, muebles absurdos y curiosos trofeos procedentes de todas las partes del mundo y encendió la pequeña lámpara que había sobre el bar adosado en un ángulo de la sala que servía también de despacho.

Tras esto apagó la luz del techo y fue a servirse una dosis de *whisky*. Había una botella sobre el bar, una botella casi llena.

Le añadió hielo y tras esto se acercó a la terraza. Desde ella podía contemplarse una impresionante panorámica de luces multicolores.

En realidad, toda la ciudad tendida a sus pies, con un lejano techo de estrellas.

Saboreó la bebida despacio, gozándose con la espera ilusionada, reafirmándose en su idea de hacerle padecer un buen rato antes de ceder a sus requerimientos. Debía mostrarse altiva, ofendida, y dejarle que desgranara su rosario de excusas, de súplicas.

Después, cuando llegara el momento, estaba segura que nunca antes habría habido otra noche como ésa.

Acabó el *whisky* y fue a dejar el vaso. Sorprendida, advirtió que sus pies eran torpes. Vaciló y hubo de apoyarse en el pequeño bar.

Todo comenzó a girar a su alrededor, mientras una niebla parecía extenderse ante su sorprendida mirada.

Era absurdo. Sólo había bebido un trago. Completamente

absurdo… ¿Qué clase de *whisky* era aquél?

Sus rodillas se doblaron y se deslizó a lo largo del mostrador hasta quedar sentada en el suelo. Todo se volvía oscuro, sombrío…

Era preciso que se recobrara antes de que él entrara. Sería terrible que la encontrase en semejante estado.

Pero no pudo levantarse. La debilidad se extendía por todos sus miembros con dulce laxitud.

Y entonces vio confusamente los pies plantados firmemente en el suelo, delante de ella.

¡Horrible! Él había llegado… ¿Qué pensaría? Por lo menos que estaba ebria…

—Lo… lo siento, Ray… no es lo que tú… tú crees…

—¿No puedes levantarte, querida?

No era su voz.

Qué extraño… Parecía la voz de Andy. Todo era tan absurdo.

—No puedo… ayúdame, por favor.

—Claro, claro.

De nuevo aquella voz.

Forzó la mirada para taladrar el velo que se espesaba por instantes.

Otro absurdo. Él llevaba guantes negros. ¡Guantes en Miami, y en esa época de bochorno…!

—¿Ray? No sé qué me ocurre…

Entre la niebla pareció oscilar un rostro.

Y tampoco era el rostro de Ray Moran.

—Andy… qué mal me encuentro… ¿Ray? Es como si viera a… a mi primo…

—Realmente, querida.

—Andy. ¿De veras eres tú?

—Claro.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estuve esperándote, eso es todo.

—Pero ¿cómo supiste qué…?

Su voz le falló. Todo oscilaba y se oscurecía.

—¿Que ibas a venir? Sencillo, primita. Yo te llamé.

—¿Tú?

—Simulé la voz de Moran. Estabas tan ansiosa de oírle que ni siquiera se te ocurrió sospechar.

—Pero ¿por qué? No comprendo…

—El somnífero te nubla el cerebro, querida, de lo contrario te darías cuenta. Tía Laurie va a hacer testamento mañana.

—¿Mañana… testamento?

—Eso es.

—Y tú… tú…

—Lo quiero todo, Maggy. ¡Todo!

Se inclinó y sujetándola por los brazos la obligó a levantarse.

Hubo de sostenerla en vilo porque ella era incapaz de mantener el equilibrio.

—Agni ya se fue, querida —runruneó Andrew—. Te reunirás con ella en un soplo. Mejor dicho, en un vuelo.

—¡Andy!

—¿Comprendes?

—¡Andy… no irás a… a matarme!

—Ya maté a Agni, ¿sabes?

Ella sufrió un violento escalofrío, pero era incapaz de coordinar. Incluso el terror le parecía algo remoto, ajeno a ella.

No se dio cuenta de que llegaban a la terraza, ni de que él la apoyaba contra el parapeto.

Como si viniera de muy lejos aún oyó la voz calmosa de él:

—Ese somnífero apenas deja rastro, ¿sabes? No lo detectarán cuando te examinen… si es que queda una pulgada entera de tu hermoso cuerpo.

Boqueó, fuera de control.

Andrew se agachó y ella casi le cayó encima. La sujetó por los tobillos, tiró hacia arriba y el cuerpo desmadejado volteó por encima de la balaustrada… y se hundió en la noche.

Andrew regresó al interior del apartamento, se metió la botella drogada en un bolsillo y luego hizo lo mismo con el vaso que ella había utilizado.

Lejos, muy lejos, se elevó un terrible chillido.

Tomó otro vaso y vertió un poco de *whisky* en él, salió a la terraza y lo dejó caer al suelo, junto al parapeto.

El vaso se hizo añicos.

Eso fue todo. Abandonó el apartamento, cerró la puerta y bajando las escaleras alcanzó el montacargas de servicio con el que descendió al sótano.

Minutos después salía a la calle lateral por el mismo camino que utilizara al entrar sin que nadie le viera.

Desde allí se oían gritos en la otra calle, y el silbato de un guardia y los bruscos frenazos de los coches.

Andrew caminó pausadamente mientras se guardaba los guantes en un bolsillo. Luego, cuando llegó al borde del estrecho canal, arrojó la botella y el vaso en él y siguió su camino.

Ya era el único heredero de la inmensa fortuna de tía Laurie…

* * *

La anciana le miró desde el lecho.

—¿No duermes, tía?

—¿Andy? No, he dormido demasiado durante el día. Acércate.

Se detuvo junto al lecho. La anciana respiraba con dificultad.

—¿Dónde están las chicas, Andy?

—No lo sé. Agni no volvió aún, y Maggy creo que ha salido.

—No son buenas, Andy… Ninguna de las dos.

—No hables así, tía. Te quieren. Todos te queremos.

—Tú tampoco…

—¿Qué?

—Tampoco eres bueno.

—¿A qué viene eso? Sabes que haría cualquier cosa por ti.

—Pero eres el menos malo, creo yo. Si fueses como los demás por lo menos… como los demás hombres…

El dominó su ira. Dominó la expresión de su rostro.

—Ellas te han llenado la cabeza de historias, tía.

—Tal vez. Escucha… mañana haré testamento. Quería decírtelo antes que a las chicas, no sé por qué.

—Tú vas a vivir muchos años aún.

—Presiento que no… que se acerca el final. Ellas son viciosas, corrompidas, pero son de mi misma sangre también. En cambio tú…

Él apenas pudo dominar el espasmo de cólera que le inundó.

—Lo tuyo es distinto. Un defecto quizá… no puedes evitarlo.

Calló, agotada.

Andrew murmuró:

—Es mejor que trates de dormir, tía. Hablaremos mañana.

—Hay algo más… Quisiera que Agni estuviera aquí mañana.

—Eso va a ser más difícil puesto que ignoramos su paradero.

—Ha escrito, Andy.

A él se le nubló la visión.

—¿Agni? —jadeó.

—Sí… un mensajero trajo la carta. Eveline me la leyó, pero no recuerdo si decía dónde estaba. Pregúntale a Eveline, y si hay dirección, llámala.

Él apenas escuchaba. Una vez más, el espanto se adueñaba de él, horrible y viscoso. Ya no era posible aguardar más. Necesitaba saber, convencerse de que todo era una trampa estúpida urdida por alguien que quería perderle… alguien que seguramente sabía la verdad.

—Hablaré con Eveline —balbuceó.

Salió del dormitorio de su tía a trompicones, con un frío glacial recorriéndole la sangre.

Eveline estaba en la cocina viendo una película en la televisión. Era una película antigua, pero que al parecer la subyugaba.

—¿La carta de la señorita? —murmuró, abstraída—. La dejé en la mesa del despacho, señor.

—Gracias.

Corrió allí.

La carta era breve. Anunciaba que aún tardaría unos días en volver porque se estaba divirtiendo mucho, bañándose continuamente en una compañía *adorable*.

No ponía ninguna dirección a la que pudieran escribirle.

Sólo terminaba mandando muchos saludos a su querido primo Andy. Esto último estaba subrayado.

Él sintió que un terremoto le sacudía de la cabeza a los pies. Gimió entre dientes y hubo de sentarse para no desplomarse como un muñeco.

Ahora ni siquiera recordaba la muerte atroz de Margaret.

Toda su capacidad de razonar estaba centrada en esa carta.

Porque era la letra de Agni. Hasta donde él era capaz de descifrarla aquélla era la letra desordenada de su prima.

Y la alusión a que se bañaba continuamente. ¿No era suficiente para darse cuenta de que alguien *sabía*?

Alguien que no era Agni, por supuesto, porque ningún muerto puede escribir cartas.

Rechinando los dientes, se juró que cuando amaneciera él también *sabría*…

Con el terror agarrotándole se fue a dormir, aunque le fue imposible cerrar los ojos. Una noche de pesadilla que duró hasta que la policía llegó casi al alba, para comunicarles la trágica muerte de Margaret en un accidente desgraciado…

CAPÍTULO XIII

El perito depositó el encendedor de oro sobre la mesa y dijo:

—Estaba en medio del revoltijo, sargento. Tiene unas iniciales grabadas.

—Ya lo veo. A. W. No hay que ser un lince para saber a quién pertenece. ¿Cumplió las últimas instrucciones que le di anoche?

—Por supuesto. Holman y Spicer se ocupan de eso.

—Muy bien. Quiero estar informado en todo momento.

Ray abrió la puerta y asomó la cabeza.

—¿Estás ocupado? —gruñó.

—Entra y siéntate. Tienes mala cara.

—¿Tú qué crees, maldita sea? Acabo de ver lo que quedó de ella, en el depósito de cadáveres.

—Deberías estar acostumbrado. Has visto muchos fiambres a lo largo de tu vida.

—Ninguno de ellos era alguien tan cercano a mí.

—Lo olvidarás pronto, claro… Hablemos de esa llamada tuya al encargado del edificio.

—Una llamada que yo nunca hice.

—Él asegura que era tu voz, y que le indicaste que debía entregar tu llave a una señorita y…

—Yo no di semejantes instrucciones, métete eso en la cabeza.

—¿No estarías borracho, Ray? ¡Maldita sea, no te sulfures! Es importante aclararlo, porque si no llamaste tú se trata de un asesinato en lugar de un accidente.

—Sólo bebí cerveza y vino para cenar. Hace un siglo que no pierdo el control.

—Bueno, ¿entonces cómo lo explicas?

—Alguien eligió mi apartamento para matarla… el mismo tipo que habló por teléfono con el encargado.

—¿Y cómo sabía ese alguien que no estarías allí?

—No lo sé.

—Dijiste que habías pasado todo el tiempo con esa chica… Nelly Hayden. ¿Quién conocía tus planes para la noche?

—Solamente Nelly.

—Debió decírselo a alguien.

—Acabo de preguntárselo por teléfono hace unos minutos. Está segura de que no le habló a nadie. ¿Cómo puedo meterte eso en la cabeza?

—A martillazos —rezongó Jennings, sombrío—. Un asesinato de este tipo no se organiza sin una absoluta seguridad de no ser sorprendido. O sea, que el asesino sabía que tú no aparecerías allí para interrumpirle.

—Quizá se arriesgó conscientemente. Hay tipos lo bastante locos para gozar con el riesgo, tentando al destino.

Jennings sacudió la cabeza.

Sonó el teléfono y lo descolgó de un manotazo. Estuvo escuchando casi un minuto y luego colgó.

—Vámonos —dijo, levantándose.

—¿Adónde?

—A la playa.

Salió disparado con Ray Moran a sus talones.

* * *

Andrew preparó el equipo. Los dos cilindros para inmersión profunda, la mascarilla y las aletas. También armó el fusil submarino y tras esto se desnudó.

Cuando estuvo perfectamente equipado probó la presión del aire y, satisfecho, se encaminó a la playa.

Las olas suaves y tibias rompían casi con dulzura el grupo de rocas salpicándolas de blanca espuma.

Andrew se adentró en el mar caminando, descendiendo según el declive de la arena sumergida. Al fin se zambulló y nadó hacia las rocas, allí donde sabía que existía aquella sima negra y profunda.

Miríadas de pececillos de colores escaparon en compacto grupo ante su intrusión en el silencioso mundo de las profundidades.

Comenzó a sumergirse cada vez más. Conectó la linterna sujeta a

su cintura y esquivó así las afiladas aristas de las rocas, peligrosas como cuchillos.

Al fin distinguió un bulto más claro que el limo del fondo.

¡Allí estaba! Sumergida, muerta.

Había sido un idiota por haberlo dudado un solo instante.

Pataleó para acabar de descender. Ahora la piel blanca del cuerpo se distinguía mejor. Los brazos verdes de un manojo de algas se mecían lánguidamente cerca del rostro.

Sus pies tocaron el fondo. Recobró el equilibrio y tomando la linterna enfocó con ella la cabeza del cadáver.

Y entonces, por primera vez en su vida, Andrew estuvo seguro de que se había vuelto loco. Y gritó y el tubo casi se le escapó de la boca y engulló agua salada y cayó de rodillas.

Porque sólo a un loco podría ocurrírsele estar viendo el horrible cadáver del hermoso y rubio Johnny Carey en el lugar de Agni.

Debido a sus bruscos movimientos, la arena y el limo del fondo habían levantado como una nube que fue posándose poco a poco.

Andrew temblaba, los dientes le castañeteaban, y sin embargo era incapaz de moverse.

Necesitaba volver a verlo, asegurarse.

Vio unos tobillos sujetos por una cuerda… la misma cuerda.

Y una piedra atada a ella. La misma, piedra.

Pero aquél era el cadáver de Johnny.

¡Era el cadáver de Johnny Carey!

Repentinamente ansió no haberse sumergido. No haber descendido a las profundidades de la muerte y pataleó desesperadamente para elevarse.

Era como estar atrapado en un torbellino horrible que no tuviera fin. Un torbellino monstruoso que no podía comprender y del que era incapaz de librarse.

Cuando emergió jadeaba y creyó morir, porque había olvidado realizar la descompresión. Flotó debatiéndose débilmente y creyó oír voces sobre la playa.

Todo se nublaba… la sangre golpeaba aceleradamente en sus venas y el cielo ya no era azul.

Unas manos le aferraron cuando empezaba a hundirse otra vez, ahora con los tubos flotando fuera de su boca.

Tiraron de él hacia la arena y allí vio las siluetas de dos hombres

recortándose contra la luz del sol.

Uno de los hombres chorreaba agua. Debía haberse arrojado al mar completamente vestido.

Entonces, enloquecido, balbuceó:

—¡No está ahí… no está muerta…!

—¿De quién habla?

Sus ojos giraron en las órbitas y perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró estaba tendido aún sobre la arena, pero vio a dos hombres rana totalmente equipados para grandes profundidades que dejaban a otros que les libraran del pesado equipo.

Había una motora en el mar, meciéndose suavemente, y en ella otros hombres trabajaban esforzadamente.

¿De dónde había salido tanta gente?

Alguien gruñó:

—Ya recobra el sentido, sargento.

Jennings se inclinó sobre él. Su expresión era sombría, taciturna.

—¿Puede usted oírme, señor Welles?

Él cabeceó.

Ray Moran entró en su radio de visión. También el aventurero parecía tan sombrío como el sargento.

—¿Y comprender lo que le digo? —insistió Jennings.

—Sí… sí…

—Antes de hacerle ninguna pregunta, debo advertirle que todo cuanto diga podrá ser utilizado contra usted ante los tribunales de justicia, señor Welles.

—¿Tribunales? Yo no…

—Va a ser acusado del asesinato de John Carey, cuyo cadáver está siendo izado en estos momentos. Un cadáver atado con cuerdas y lastrado con una gran piedra que será presentada también como prueba contra usted.

—No comprenden… él no debiera haber estado allí… él no…

—Podrá contárselo al jurado. Llévenselo.

Jennings se volvió de espaldas a su detenido.

Moran gruñó:

—¿Por qué demonios crees que lo mató?

—¿Quién sabe lo que pasa por el cerebro de esos pervertidos? Imagino que tarde o temprano nos lo dirá, cuando se derrumbe definitivamente.

—Aún comprendo menos por qué tuvo que volver a sumergirse… Ese cadáver pudo haber estado ahí eternamente sin que nadie lo descubriera jamás.

—También espero que lo dirá con el tiempo. Yo lo mantenía vigilado discretamente porque se encontró su encendedor entre el revoltijo del *bungalow*. Pero nunca esperé que nos pusiera las cosas tan fáciles, palabra. Me doy cuenta de que por muchos años que pase en este condenado trabajo, nunca comprenderé del todo lo que se esconde en el cerebro de los criminales.

Tuvieron que colocarlo en una camilla porque Andrew era incapaz de dar un paso. Incluso parecía haber envejecido de repente.

Moran no supo si despreciarle o compadecerle.

* * *

Sam Hertz arrojó el periódico a un lado y las hojas de papel revolotearon sobre la arena, antes de posarse sobre las olas que empezaron a mecerlas dulcemente.

Agni abrió los ojos un instante, pero volvió a cerrarlos porque los párpados le pesaban horriblemente.

—Lo conseguimos —runruneó—. Acusado de asesinato… y Maggy fuera también de este mundo. Tuviste razón, querido mío. Después de librarse de mí estaba decidido a hacer lo mismo con mi hermana.

—Yo nunca me equivoco, corazón.

—Sam, bésame.

Él se volvió de lado y apretó los labios de la muchacha con los suyos.

Los labios sabían a sal, a mar y a *whisky*.

Junto al cuerpo casi desnudo de Agni había una botella vacía.

—Casi te equivocaste cuando él me echó al mar —murmuró, soñolienta—. Cada vez que lo recuerdo me siento morir.

—Fueron sólo unos segundos. Yo no podía sumergirme para librarte hasta que él se volviera… no pensé que tardase tanto.

—Casi me ahogué.

—Olvídalo. Ya pasó y todo salió bien. Pude sacarte a tiempo y él

creyó que te había matado. Lo demás vino solo, porque en los archivos de la policía consta el altercado que tuvo a causa de ese rubio. Dirán que la primera vez se contentó con un altercado, pero la segunda lo mató.

—¿Te das cuenta de que ya soy la única heredera, amor?

—Seguro.

Él miró hacia la casita que había alquilado en ese solitario rincón de la costa.

De pronto dijo:

—Terminé los cigarrillos. Voy a buscar un paquete en la casa.

—No tardes. Quiero que me beses, Sam. Y trae una botella también.

Él se fue rápidamente. Su musculoso cuerpo resaltaba contra el azul del cielo al verlo Agni por entre sus párpados semicerrados. Era un cuerpo fuerte, hermoso, viril…

Sam Hertz cerró la puerta cuando llegó a la casa y se precipitó al teléfono. Marcó un número y cuando contestaron preguntó:

—¿Ya?

Escuchó. Sonrió.

Dijo:

—Bien. Apenas podía soportarla más. Ten cuidado.

Tomó una botella después de colgar el teléfono y regresó al lado de la semiinconsciente Agni.

—Toma, linda…

Ella tendió la mano. Apenas pudo sostener la botella cuando se llevó el gollete a los labios y bebió glotonamente.

—Ahora, ámame, Sam… Somos ricos, ¿te das cuenta?

—Sí.

Algo raro vibró en su voz. Poco a poco se arrodilló junto a Agni, que esperaba con los ojos cerrados.

Sintió las manos de él deslizarse suavemente por su rostro y se estremeció de placer.

Las manos, grandes, duras, llegaron a su garganta. Se detuvieron.

—Sam, ¿qué haces? Date prisa.

De pronto, como resortes, los dedos se hincaron en la carne, ahogándola.

Agni desorbitó los ojos y boqueó. Sobre ella vio la cara crispada

del gigante los ojos implacables que la miraban con inmenso desprecio, con un odio insano.

Intentó debatirse, gritar, insultarlo.

No pudo.

Él dijo:

—Para el mundo estás muerta… seguirás estándolo para siempre. Definitivamente…

El grácil cuerpo cubierto por un escaso bikini se contorsionó sobre la arena. Luego, relajándose, quedó inmóvil.

Sam la levantó en brazos. Era como si llevara una pluma.

La tiró al fondo de la pequeña lancha motora, subió él y arrancó el motor, pilotándola mar adentro.

No la detuvo hasta que apenas si podía distinguir la tierra a lo lejos. Entonces, tomó una pesada barra de hierro del fondo de la motora y la ató a los pies del hermoso cadáver con un alambre.

Tras esto, hubo un chapoteo y por segunda y última vez Agni se sumergió en las profundas aguas que se cerraron sobre ella como un verde sudario que debía cubrirla para toda la eternidad.

FINAL

Esperaba oculto en la oscuridad, cerca de la enorme verja de hierro.

Se impacientaba por aquella demora. Algo debía ir mal allí dentro.

Una vez más miró su reloj y decidió aguardar todavía unos minutos.

Pensó en Eveline, en la larga espera, en todo el diabólico proyecto que la aguda mente de su mujer elaborara a través de meses y meses de paciente labor de observación, de cálculo y de inteligencia.

Ella había sabido prever las reacciones de aquellos estúpidos pervertidos. Supo con tiempo cómo era cada uno, qué pensaba de los otros… y supo *trabajar* a la maldita vieja que ya era hora de que reventara de una vez.

Pero ¿por qué Eveline tardaba tanto?

Le había asegurado por teléfono que todo estaba bien. La vieja casi se había muerto cuando supo por la policía que su sobrino era un asesino, que había matado al muchacho rubio, a Maggy y seguramente también a Agni, aunque cuando Andrew hablaba de ella parecía volverse loco.

Tal como Eveline había previsto, la vieja tía Laurie se había vuelto hacia ella, buscando el único consuelo que le quedaba. En compensación, ¿a quién más podía dejar la herencia ahora?

Definitivamente, Eveline había sido endiabladamente inteligente.

Se sobresaltó y miró el reloj una vez más.

¡Maldita sea! Ya había esperado demasiado.

Examinó la enorme verja. Para sus fuerzas era un juego de niños escalarla y colarse en el parque y luego en la casa. Estaba impaciente, ansioso por tener de nuevo a su mujer después de tanto

tiempo.

Se encaramó en un instante y descolgándose al otro lado cayó sobre la mullida hierba sin un rumor.

Caminó cauteloso por el sendero. Vio luz en una ventana de la lejana casa y aceleró el paso.

Entonces, repentinamente, como brotada del infierno, una sombra poderosa surgió de la oscuridad como si volara.

Sam dio un brinco. Sintió un aliento cálido en la cara y un gruñido.

¡Los perros! Había olvidado los perros…

Lanzó un grito de terror. El dogo cayó sobre él y el impacto le derribó de espaldas, debatiéndose con toda su desesperación.

El enorme animal clavó los colmillos con terrible salvajismo.

Cerca, hubo un sordo gruñido y la segunda bestia apareció trotando, jadeando, babeando.

Sam volvió a gritar cuando aquellos colmillos agudos como puñales se hundieron en su garganta. El otro dogo comenzó a ladrar con furia salvaje, peleando por apartar a su compañero y tomar parte en la reyerta.

La sangre les enloqueció desatando todas las furias ancestrales que se ocultaban bajo su soberbio aspecto. Ambos animales se lanzaron a una orgía de dentelladas, rugidos y jadeos y un instante más tarde casi se agredieron entre ellos para evitarse la competencia.

Los rugidos de las bestias llegaron hasta la casa. Apagados, es cierto, pero audibles.

Eveline contenía su impaciencia al lado de la anciana, en el dormitorio de ésta. Sabía que Sam esperaba y ella estaba aún más ansiosa que él por sentirse al fin en sus brazos de nuevo, después de lo que había soportado durante tanto tiempo sabiéndole absorbido por la beoda Agni.

Entonces captó los ladridos bestiales de los perros y el presentimiento que la asaltó casi le arrancó un alarido.

Olvidándose de la anciana que jadeaba roncamente en el lecho, echó a correr. Voló escaleras abajo, abrió la puerta y se lanzó fuera.

—¡*Dogo*, *Tigre*! —llamó histéricamente.

Guiada por los gruñidos de los perros llegó junto al sangriento escenario. Y entonces fue ella quien chilló de horror y

desesperación.

—¡Malditos, malditos! —rugió.

Trató de apartar a los animales de la piltrafa sangrienta que yacía sobre la hierba. Los golpeó, pateándolos, forcejeando, rugiendo a su vez como una bestia herida.

Apenas sintió la primera dentellada. Estaba como loca, convertida en una furia vengadora peleando por el hombre que era su vida… el hombre por el que había tramado aquel horror de sangre.

Uno de los dogos rodó de costado al recibir un puntapié en el vientre, pero pareció rebotar y con un sordo y bronco gruñido saltó sobre ella.

Eveline ya no pudo volver a gritar. Nadie puede gritar con la garganta desgarrada.

Su sangre se mezcló con la de Sam Hertz. Su cuerpo cayó sobre el de él.

Por última, y quizá por única vez, ambos fueron enteramente el uno del otro, estrechamente poseídos por un vínculo de sangre y de muerte.

Y así se cerró un círculo infernal, una rueda de cadáveres que uno tras otro fueron mecidos por aquella sinfonía macabra en cuyo *crescendo* final redoblaron con sones salvajes las voces de los dogos, esmeradamente entrenados para vigilar…

Para matar.

F I N